HEROES ESPACIO

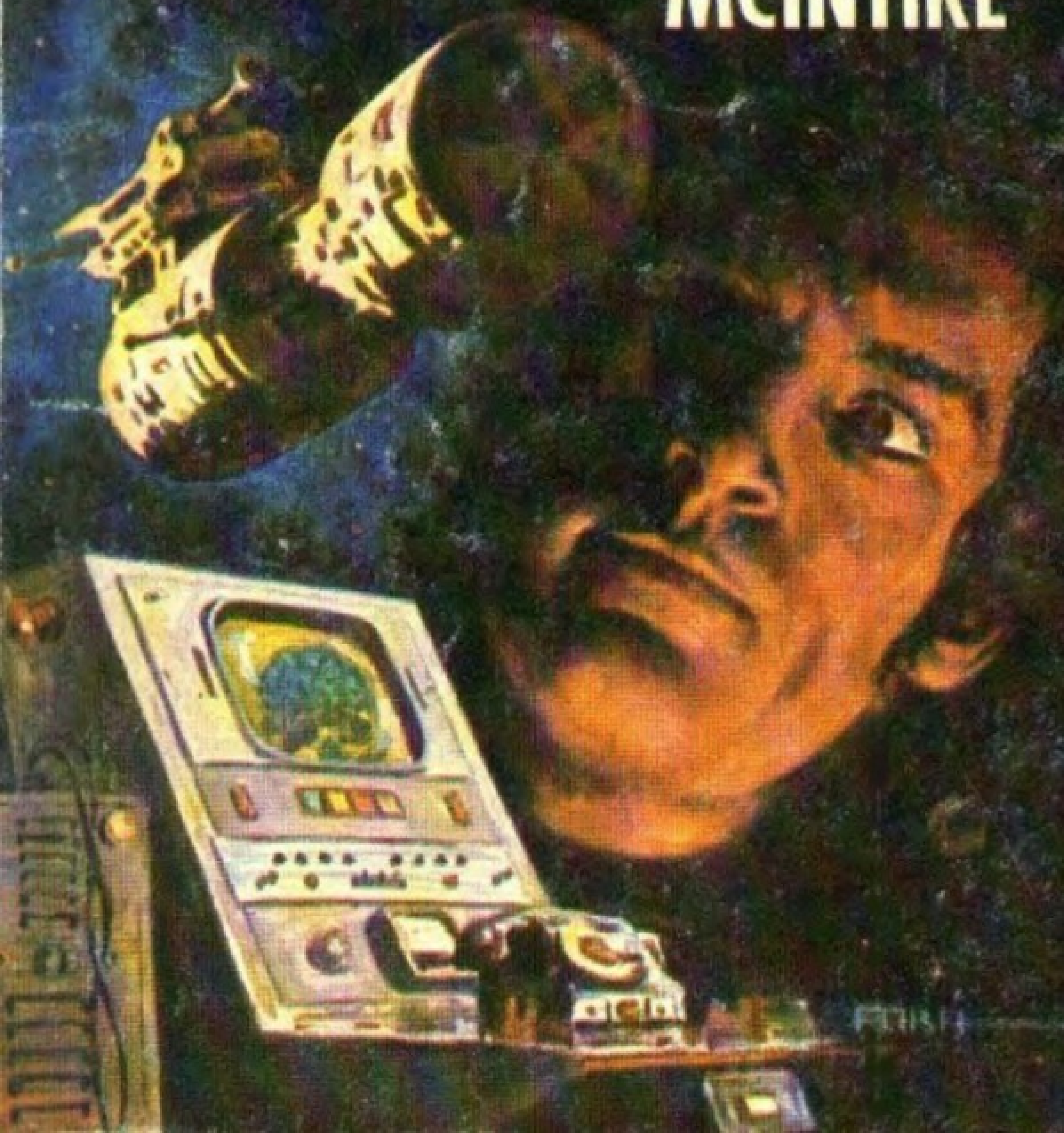
BRUGUERA

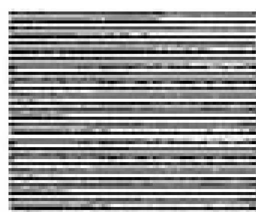
BOLSILIBROS

FUTURO

EL SUEÑO PROFUNDO

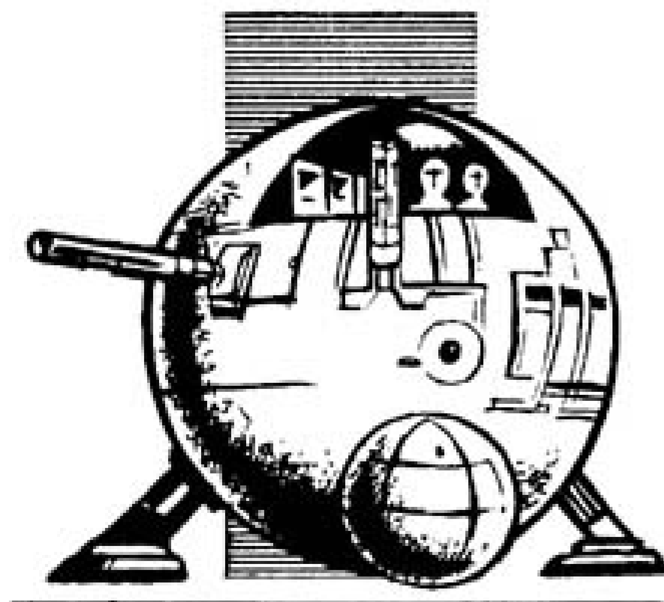
KELLTOM McINTIRE

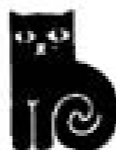




héroes del

ESPACIO





ÚLTIMAS OBRAS EN ESTA COLECCIÓN

204 -- *Peor que morir* -- Lem Ryan

205 -- *Retorno al planeta azul* -- Law Space

206 -- *Chicago: siglo XXX* -- Frank Caudett

207 -- *Salto al vacío* -- Rocco Sarto

208 -- *El planeta robotizado* -- Joseph Berna

209 -- *El sueño profundo* -- Kelltom McIntire

Kelltom McIntire

EL SUEÑO PROFUNDO

Colección
HÉROES DEL ESPACIO n.° 209
Publicación semanal

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
CAMPS Y FABRES. 5 - BARCELONA

ISBN 84 02 09281 0
Depósito legal: B. 13.847 - 1984

Impreso en España
Printed in Spain

1ª edición en España: mayo, 1984
1ª edición en América: noviembre, 1984

Concedidos derechos exclusivos a favor de
EDITORIAL BRUGUERA, S. A
Camps y Fabrés. 5. Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Parets del Vallés (N 152. Km 21.65) Barcelona - 1984

INTRODUCCIÓN

Cuando se produjo aquella brusca conmoción a bordo, Hantoo sospechó que se aproximaba la catástrofe.

Los servidores zemboos corrían alocadamente por los pasillos de la astronave, exhalando chillidos histéricos, e incluso la siempre serena y magnifica Kaimele palideció.

La astronave se agitó como un magnífico pájaro herido de muerte. Hantoo estaba enviando órdenes de emergencia a los sensores, cuando vio brotar rayos anaranjados por encima de los aparatos. Eran como fuegos fatuos que llameaban sobre los metales y brincaban alocadamente en la cabina del control central.

Envuelta en su túnica morada, Kaimele se aproximó a Hantoo, tambaleándose.

—¿Qué ha ocurrido, Hantoo? —gritó—. ¡Es como... como si el infierno se hubiera abatido sobre nosotros...!

El gran panel de control comenzó a arder de improviso. Un chisporroteo abrasador arrojó fragmentos de metal fundido en todas direcciones.

Hantoo se incorporó de un salto y tomó a Kaimele por un brazo.

—Hemos de salir de aquí. Los automatismos contra incendios actuarán por sí solos —dijo él—. ¡Vamos, escapemos!

El acceso se abrió y cerró automáticamente cuando ambos escaparon de la cabina. A bordo, la situación era catastrófica: el caos se había desatado por doquier.

Kaimele tomó a Hantoo por la cintura.

—Si tú estás decidido a afrontar esa tremenda prueba, yo te seguiré, Hantoo, hasta el final de mis días —pronunció por fin.

Hantoo asintió. Volvió a poner en actividad los sistemas del centro de emergencia. Cuando estuvo seguro de que todos los pasajeros, incluidos los zemboos, permanecían bajo su influencia, comenzó a transmitirles su voluntad de modo irrefrenable.

Algún tiempo después, se volvió a Kaimele y le dijo:

—Prepárate para afrontar la prueba. Es hora de salir.

CAPÍTULO PRIMERO

Me debatía en una terrible pesadilla que me obligaba a retorcerme de pura angustia sobre el camastro. Soñaba que me ahogaba y el estómago me ardía.

Tres meses atrás, el doctor Baffin me había prevenido:

—Si sigue bebiendo y fumando a ese ritmo, no le doy más de tres años de vida.

Y yo aún no había cumplido los cuarenta.

Mis delirios nocturnos eran de variado matiz. Ahora chillé como un poseso al sentir que alguien me arrancaba los cabellos de raíz. Y, al fin, el dolor se hizo insoportable que desperté bruscamente.

Parpadeé, desconcertado. Una fortísima luz caía sobre mis ojos y me deslumbraba.

Alguien me dio un fuerte tirón de los cabellos.

—¡Despierta ya, pedazo de animal!

Desperté por completo y me alcé belicosamente.

Sin embargo, lo pensé mejor sobre la marcha. El funcionario de prisiones que acababa de despertarme media dos metros, tenía unos hombros respetables y –lo más convincente- empuñaba una matraca «rompecráneos».

Me miraba despacio, enseñando los dientes como un perro de presa. Cuando comprendió que yo estaba dispuesto a comportarme razonablemente, se retiró unos pasos y gruñó:

—Arriba, Cameron. Tienes una visita.

—¿Una visita? ¿Qué hora es? —respondí, desconcertado.

—La una de la madrugada —contestó el funcionario. Y añadió con tono que no admitía réplica—: ¡Andando!

Mientras caminaba a lo largo del hediondo pasillo me pregunté qué loco individuo sería el que se atrevía a visitarme en la cárcel... y a la una de la madrugada.

Arrastrándome en pos del vigilante, me devané los sesos tratando de adivinar la identidad de mi visitante.

Finalmente dejé la cuestión, por imposible.

¿Quién iba a interesarse por un tipo llamado Larry Cameron? Yo no tenía familiares, ni amigos, ni nada. Loretta me había dejado

cuando decidí liquidar la cuenta bancaria que ambos utilizábamos indistintamente. ¿Que otra cosa puede hacer un hombre que sabe que su mujer es una perdida? Loretta se acostaba con todos los varones del barrio, aprovechando mis ausencias.

Mientras tuvo a su disposición una suculenta cuenta corriente con un saldo mínimo de diez mil dólares, ella siguió viviendo en nuestro apartamento de Riverside. Pero cuando intentó sacar algún dinero y el empleado del banco le dijo que ya no era posible, mi esposa desapareció sin avisar.

Dos años más tarde, recibí la visita de un abogado. Loretta quería casarse con otro tipo, seguramente tan desesperado y necio como yo. Aquél fue sincero conmigo. Me dijo que Loretta estaba dispuesta a entregarme cinco mil dólares si firmaba aquel documento que le permitiría obtener el divorcio rápidamente. Yo no tenía un centavo ya, pero no acepté su sucio dinero. No podía retenerla ya, ni me interesaba lo más mínimo. Firmé y aquel tipo -el abogado- se marchó, frotándose las manos de contento.

Tosí secamente, arrastrándome con torpeza en pos del gigante que me había despertado arrancándome a tirones mis cabellos.

Probablemente, el doctor Baffin tenía razón. Había estado fumando sesenta cigarrillos diarios y acostándome cada noche con el estómago lleno de whisky.

Una reja se deslizó con desagradable chirrido al final del pasillo, traspasamos el espacio rectangular y seguimos adelante a través de otro corredor tan maloliente, húmedo y desolado como el anterior.

De repente, me detuve en seco. Un profundo recelo se apoderó de mí.

No había más que razonar un poco para que la desconfianza se convirtiese en algo sólido. Crofton, el funcionario que caminaba a largos y pesados trancos delante de mí, no me profesaba una particular simpatía. Por ejemplo.

Y a la una de la mañana no se reciben visitas en ninguna prisión del mundo. Segundo ejemplo.

En consecuencia: Crofton me había arrancado de mi celda para darme una buena paliza.

Aquel tipo era temible. En la prisión, muchos guardaban desagradables e imperecederos «recuerdos» de su brutalidad. Había roto mandíbulas, costillas, narices, labios, brazos... E incluso se

rumoreaba que el «suicidio» de Sam Waller -fractura de cuello- era obra del hombretón que me precedía a lo largo del interminable pasillo carcelario.

Crofton se detuvo y se volvió.

—¿Qué le ocurre, Cameron? ¿Tiene miedo?

Su carcajada produjo un eco siniestro en las altas bóvedas de la galería.

Sí, claro que tenía miedo. Aunque tanto me daba morir de una forma u otra. En cualquier caso, si Crofton tenía malas intenciones respecto a mí, siempre me quedaba la solución final: introducirle ambos pulgares en los ojos -dejarle ciego para el resto de su miserable vida- o destrozarle la laringe de un desesperado mordisco. (Lo que venía a ser lo mismo)

Me estaba aguardando a diez metros de distancia. Me contemplaba con despectiva suficiencia, al tiempo que balanceaba amenazadoramente su temible «rompecráneos».

Eché a andar despacio. No lo hacía a propósito: sencillamente, no tenía fuerzas para caminar más rápido. Al fondo del largo corredor, chirrió otro rastrillo y vi aparecer a mister Davis, el jefe de servicios.

Entonces comencé a sentirme más seguro. Davis tenía buena fama en la prisión. Todos opinaban que era un hombre justo, aunque exigente. Pensando razonablemente, el brutal Crofton no se atrevería a darme una paliza si mister Davis estaba de servicio. Tosí y tosí, más como consecuencia del nerviosismo que del exceso de cigarrillos. Los dos funcionarios me esperaban junto a la reja. Davis me miraba fijamente y habló algo al oído de Crofton.

Me detuve a dos metros de distancia, jadeante.

—Tiene usted una visita, Cameron —anunció el jefe de servicios, sin dejar de escrutarme con curiosidad—. Normalmente, la administración penitenciaria no admite visitas a los presos a horas tan intempestivas, pero hemos autorizado la entrevista por motivos especiales.

No dijo quién era mi visitante, ni cuáles eran tales «motivos especiales».

Crofton me tomó por un brazo con desusada delicadeza y me guió hasta los locutorios de jueces y abogados. Entré en una habitación de discretas proporciones, en la que sólo había una mesa y tres sillas. Un caballero de unos sesenta años, elevada estatura,

cabellos grises y elegante traje azul marino aguardaba al otro lado de la larga mesa.

No había rejas, alambrada ni cristales que nos separaran.

Mister Davis, que estaba a nuestra espalda, advirtió:

—Vamos a dejarles solos. Si necesita algo, señor Corwick, no tiene más que accionar el botón del timbre que encontrará en el borde de la mesa.

Me volví al oír el chirrido de la puerta blindada. Me habían dejado a solas con aquel desconocido.

Mister Corwick me miró fijamente, sin parpadear. Luego dijo afablemente:

—Sentémonos, por favor.

Me dejé caer en una silla, muy nervioso y desorientado. Corwick parecía un caballero de los pies a la cabeza. Sus cabellos, como dije antes, eran canosos, cortos y bien peinados. Tenía un rostro alargado, de facciones austeras pero dignas. La nariz recta, las cejas grises y muy arqueadas, y los ojos vivaces y muy claros. Tan claros que su color se me antojó indefinible.

Al principio, imaginé que se trataría de un prestigioso abogado, dispuesto a mostrarse compasivo con un recluso carente de recursos económicos. Pero no vi el acostumbrado portafolios. No llevaba ningún objeto en las cuidadas manos, que apoyó lentamente sobre el borde de la mesa.

Me miró larga e inquisitivamente. La suya era una mirada que calaba hondo, aunque no me sentí molesto por su insistencia.

De pronto, comentó:

—No tiene usted muy buen aspecto, señor Cameron.

Dejé escapar una risotada áspera.

—Bueno, la cárcel no es una residencia de lujo —respondí, divertido, a pesar de todo.

Asintió con un leve movimiento de cabeza.

—No han debido tratarle afectuosamente —observó.

Aquel tipo comenzaba a caerme bien, aunque yo todavía desconocía sus intenciones. Instintivamente, comencé a confiar en él.

—¿Quizá porque yo soy un caso aparte, mister... Corwick?

Mi visitante volvió a asentir amablemente, mientras sacaba un paquete de «Herbert Tareyton» y un encendedor de oro.

—Está un poco nervioso. Fume. Se sentirá más relajado —dijo.

Tomé ávidamente los cigarrillos, me puse uno en los labios y encendí. Tosí, desde luego, violentamente, pero poco después me sentía mejor. Era el traidor efecto de la nicotina: tan pronto le ahoga a uno como le da fuerzas para seguir adelante... Hasta que ya no hay solución.

Mi visitante aguardaba con actitud amable y cortés. Cuando logré sofocar mis toses y me sentí más tranquilo, alcé la mirada y expuse:

—Una hora muy poco adecuada para visitar a un preso, mister Corwick. ¿Es usted abogado?

Movió levemente la cabeza en sentido negativo. Todo en aquel individuo emanaba seguridad, serenidad y dignidad.

—No, no soy abogado, sino un simple particular —declaró.

Y al cabo de unos segundos, sorprendentemente:

—He depositado los cien mil dólares de fianza que el juez exigía para su libertad provisional, señor Cameron. Sólo tiene que aceptar mis condiciones e inmediatamente será libre.

CAPÍTULO II

Durante unos minutos fui incapaz de reaccionar.

Yo había sido detenido una semana antes después de una movida y violenta trifulca tabernaria. En medio de la reyerta y tras recibir un silletazo en pleno rostro, tomé una botella del mostrador y la estampé en la cabeza más próxima.

El individuo al que yo había golpeado me era completamente desconocido, pero la acusación que pesaba sobre mí era asesinato frustrado. Ni siquiera estaba al tanto de las declaraciones sumariales de la víctima, que había sido hospitalizada urgentemente con un shock traumático.

Cuando, ya en prisión, me informaron de la petición del juez, comprendí que estaba destinado a pasar una larga temporada en la cárcel. Los antecedentes policiales, adquiridos a lo largo de los últimos años, no me favorecían en absoluto.

En mi ficha policial se hacía constar que Lawrence Cameron era

un vago, un drogadicto, un alcohólico, un individuo bronco, violento y brutal. Se me acusaba, además, de haber intimidado a numerosas personas para obtener unos dólares y se sospechaba que, durante un tiempo, había actuado como rufián y traficante de drogas.

Verdades y mentiras, hábilmente mezcladas. Cierto que no había llevado a cabo sino trabajos esporádicos durante los últimos años. De acuerdo, era un holgazán. Y también alcohólico. ¿Bronco, violento, brutal? Tal vez la desesperanza que me ahogaba germinara la violencia en mí en varias ocasiones. Pero en cuanto a la acusación de drogadicto, me había limitado a fumar unos cuantos cigarrillos de marihuana, más por curiosidad que por verdadero vicio. Jamás había traficado con drogas ni había explotado a prostitutas.

Naturalmente, cuando supe que el juez exigía una fianza de cien mil dólares, comprendí que no saldría de la cárcel en mucho tiempo. ¿De dónde iba a sacar un tipo como yo una fortuna semejante? Sin embargo, allí estaba mister Corwick, que aseguraba haber depositado la fianza en el juzgado. Le pregunté por qué lo hizo.

—Según mis informes, usted es capitán de la marina mercante. Me interesan sus servicios —respondió mi visitante.

—De eso hace mucho tiempo. ¿De qué puede servirle un tipo como yo? —exclamé, desabrido—. ¡Míreme! Me he convertido en una ruina física a mis treinta y siete años. No sacará mucho de mí, señor Corwick.

Me miró con interés. Probablemente estaba detallando mis cabellos prematuramente canosos, mi rostro barbudo y descarnado, mis ojos sin brillo, las bolsas de los párpados, mis pobres ropas deshilachadas…

—Déjelo de mi cuenta, Cameron. He decidido sacarle de aquí y le sacaré —dijo.

Le contemplé con estupor.

La apatía y el desinterés huyeron. De pronto, me sentí arrebatado por una fuerza nueva. Quizá fuera, simplemente, curiosidad.

—Dígame, mister Corwick, ¿por qué escogió una hora tan desusada para entrevistarse conmigo? —le pregunté.

Sonrió.

—Lo hice a propósito. Quería estar a solas con usted. Para que no nos molestaran, nada mejor que la noche. Obtuve la autorización

hace poco más de media hora y enseguida vine aquí.

—Ya. Pero aún no logro entender... Cien mil dólares es mucho dinero. Yo no valgo tanto. Además... aunque consiga la libertad provisional, siempre estaré sujeto a procedimiento. Probablemente, la autoridad judicial me advertirá de mis obligaciones, una de las cuales consistirá en no abandonar esta ciudad.

Una nueva sonrisa distendió sus finos labios.

—Todo está arreglado —contestó—. Cuando usted, Lawrence Cameron, abandone esta prisión, no tendrá que volver a ella y tendrá plena libertad para ir a donde quiera.

—¡No puedo creerlo! —exclamé, perplejo—. ¿Significa eso que el juez ha... ha sobreseído mi causa?

—Sí. Y no me pregunte ahora cómo lo he conseguido: sería demasiado largo y complicado —advirtió.

Reflexioné arduamente.

Si lo que Corwick afirmaba era verdad, las actuaciones judiciales eran irreversibles. Es decir, yo saldría en libertad tanto si me plegaba a los deseos de Corwick como si no.

Se lo dije.

—En efecto —respondió—. Su problema está resuelto. De todas formas, yo me propuse sacarle de aquí, aceptara o no el trabajo que pienso ofrecerle. Sin embargo, creo que usted, Cameron, decidirá por sí mismo lo que debe hacer, en conciencia.

—Ese trabajo que va a proponerme, ¿es algo ilegal? —pregunté, cauteloso.

Corwick respondió con toda la paciencia del mundo:

—No, no lo es. Se trata de una misión justa y perfectamente lícita.

Una intensa excitación iba apoderándose de mí.

—Está bien: acepto —declaré de pronto.

Corwick me miró con calma.

—¿Cómo? ¿Sin conocer al detalle su misión? —inquirió.

—No es necesario. Usted parece confiar en mí, aunque ignoro sus razones. ¿Por qué no he confiar, a mi vez, en usted?

Asintió con un leve movimiento de cabeza.

Yo encendí otro cigarrillo y esta vez no tosí. Comenzaba a experimentar un inexplicable cambio en mi interior que me obligaba a vibrar y a sentir algo cálido y nuevo.

¿Quizá porque al cabo de tantos años alguien se interesaba por mí? ¡Quién sabe…!

—Me gustaría saber cómo llegó a saber de mí —dije a Corwick.

—Pues… necesitaba un marino experimentado en las rutas del Sur —manifestó—. Recorrí el puerto, hablé con unos y con otros. Y me hablaron de usted. Me dijeron que el capitán Larry Cameron había realizado numerosos viajes a la Antártida al mando del rompehielos *Cruiser*.

—¿Nada más?

—Bueno… —sonrió—. Escuché diversas opiniones sobre usted. Algunas personas le admiraban y tenían una alta opinión de sus virtudes personales y profesionales. Otras… no tanto. En definitiva: enseguida supe que usted era el hombre que me interesaba.

Sucedió una pausa.

—Es usted una persona extraordinaria, señor Corwick. Invierte su tiempo y una verdadera fortuna en sacar de la cárcel a un individuo del que apenas sabe nada. O mejor del que sabe que es un perdulario, un marginado, un tipo despreciable —comenté, admirado—. ¿No comprende que se expone a perder todo lo que ha invertido en mí?

Sonrió afablemente.

—Me precio de conocer a los… a los hombres, amigo Cameron. Confío en que su reacción sea positiva.

Aquel hombre me gustaba.

—Le agradezco su confianza, pero…

—¿Sí?

—¿Qué puedo hacer yo por usted? Llevo más de tres años sin navegar, soy un alcohólico y fumo sin parar. Todavía ignoro qué es lo que usted pretende de mí, pero ¿cree que un hombre en mi situación puede valerle de algo?

—Yo me cuidaré de que usted vuelva a estar en forma. Naturalmente, usted tendrá que plegarse a mis condiciones. Le aseguro que en el plazo de dos meses usted, Larry Cameron, será otro hombre.

—Lo dudo —respondí, sombrío.

Pero Corwick parecía muy seguro de sus palabras. Tanto que mi admiración hacia él creció considerablemente.

Al cabo de un par de minutos de silencio por ambas partes, me

decidí a interrogarle

—¿Puedo saber en qué consistirá mi trabajo?

—Sí. Una vez se haya recuperado, pilotará un buque hasta la Antártida.

—¿Con qué objeto?

Vaciló.

—Digamos que se trata de una misión científica —respondió.

Introdujo una de sus cuidadas manos en un bolsillo interior y extrajo unos documentos doblados.

Los desplegó cuidadosamente sobre la mesa y finalmente me los tendió.

—Es un contrato. Léalo tranquilamente. Si está de acuerdo con las condiciones, fírmelo —pronunció, dejando al alcance de la mano una estilográfica de oro.

Mis dedos temblaron al coger el documento. Y enseguida comencé a leer con avidez.

El contrato especificaba que Lawrence Cameron, de treinta y siete años de edad, divorciado y capitán de la marina mercante, se obligaba a prestar servicios profesionales al armador Corwick durante el tiempo de un año.

Mis funciones consistirían en pilotar y capitanear el buque *New Phoenix*, de veinte mil toneladas de desplazamiento, surto en el puerto de San Francisco (California).

Se hacía constar allí que el *New Phoenix* se dirigiría a la Antártida para cumplir una determinada misión científica, para lo cual mister Jan Corwick contaba con las autorizaciones pertinentes. La estancia en la Antártida tendría una duración máxima de un año. Durante ella, el capitán Lawrence Cameron tendría a su cargo la dirección del montaje de refugios y hangares para maquinaría, y sería responsable de la disciplina y conducta social de la dotación del buque. Por encima de él, habría un director de operaciones: el propio mister Jan Corwick.

Había otras numerosas estipulaciones legales y menciones específicas sobre las compañías de seguros que cubrirían todos los riesgos, tanto del buque y maquinaria, como de los miembros de la misión, marineros y científicos.

A mí se me asignaba un generoso sueldo de cinco mil dólares mensuales, a percibir por anticipado. Al final de la misión, recibiría

una gratificación extraordinaria de cien mil dólares, cantidad que mister Jan Corwick habría depositado previamente en una entidad bancaria y de la que yo podría disponer libremente en cuanto regresásemos del Polo Sur.

Cuando terminé de leer, tomé la pluma que había en la mesa y firmé Luego devolví el documento a mi visitante.

—Así que no sólo es usted un importante armador, sino también un científico —exclamé, admirado.

—En cierto modo, sí —respondió Corwick, enigmático.

Guardó el documento mecanografiado y su magnífica estilográfica y se puso en pie.

—Su orden de libertad será transmitida a esta prisión a primera hora de esta mañana. Esté dispuesto —dijo.

Me tendió la mano y experimenté una sensación indefinible al estrechársela. Luego vi penetrar a Crofton y al jefe de servicios en el locutorio.

—Andando, Cameron —gruñó Crofton con su habitual brusquedad.

Pero cuando enfilé el largo pasillo mis pasos eran más leves y ligeros.

CAPÍTULO III

Debían de ser las dos de la madrugada cuando me reintegré a mi celda. Tendido boca arriba sobre el camastro, permanecí largo tiempo despierto. Quería dormir para estar descansado al día siguiente, pero miles de pensamientos pululaban caprichosamente en mi cerebro.

Mi excitación era lógica. En menos de sesenta minutos, mi situación había variado drásticamente. Con una acusación de homicidio frustrado y la perspectiva de pasarme seis años a la sombra, ahora tenía la esperanza de recobrar la libertad unas horas después. El asunto se me antojaba inconcebible, cosa de locos. Sin embargo, la actitud de Jan Corwick había sido tan serena, real y convincente que estaba dispuesto a creer en él, aunque me confesara que era un extraterrestre. Aquel hombre debía de ser un personaje

muy importante. Para conseguir mi libertad, no sólo se necesitaba una gran cantidad de dinero sino, también, poderosas influencias. En algún momento me asaltó el temor de que todo formara parte de una sangrienta burla. Pero enseguida me apostrofaba a mí mismo y recordaba el hecho incuestionable de que Corwick había conseguido algo fuera de lo normal: entrevistarse conmigo en un locutorio a la una de la madrugada.

Pensaba constantemente en él. Deduje que era uno de esos potentados con extrañas manías que pueden permitirse toda clase de sueños y aventuras.

¡Una misión científica en la Antártida! ¿Que podría extraerse de todo ello? Yo había surcado las heladas aguas polares en varias ocasiones, y mis experiencias al respecto no eran muy agradables. En una ocasión, el rompehielos *Cruiser* había resultado atrapado por los témpanos en Commonwealth Bay. Eso ocurrió en julio, es decir, cuando en el hemisferio Sur era pleno invierno. Treinta hombres presos dentro del casco del *Cruiser* habíamos aprendido en nuestras carnes la inexperiencia de la Antártida. A muchos de los marineros hubo que amputarles dedos y manos congelados, a la mayoría se les cayeron los cabellos y todos quedamos tan desnutridos que allá para octubre, cuando los grandes icebergs comenzaron a desplazarse en la bahía de la Commonwealth, ninguno de nosotros pesaba más de cincuenta kilos. (Y debo precisar aquí que mi peso normal son ochenta y cinco kilos.)

Durante aquella larga «prisión» de tres meses, habían muerto el contramaestre Buckson, el mecánico Russ y los marineros Coplain, García y Fourades. Jamás olvidaré aquella experiencia.

Pero nuevamente mis pensamientos se dirigían a Jan Corwick y me pregunté cómo habría conseguido convencer al juez para que mi causa fuera sobreseída.

Imaginaba que los abogados de Corwick habrían emprendido acciones legales y menos legales en varios sentidos. Probablemente habrían ofrecido una buena cantidad de dinero a William McGray, el individuo al que yo había roto la cabeza de un botellazo.

Pero esto, con todo, no era suficiente. Imaginaba centenares y centenares de gestiones con la policía, los testigos, los abogados de la acusación. Demasiado complicado, dificultoso y caro... sólo para obtener los servicios de un marino alcohólico y perezoso como yo.

Al fin debí quedarme dormido.

Cuando oí la estridente sirena que ordenaba a los presos levantarse y recoger los camastros, yo lo había olvidado todo. Es decir, no lo había olvidado. El recuerdo de mi entrevista con Corwick persistía en mi memoria, pero mi ser conciente lo atribuyó todo a un delirio más. Estaba arreglando mi cama, cuando al otro lado de la reja apareció el gigantesco Crofton.

Me miraba como si me viera por primera vez. Estuvo allí un par de minutos, contemplándome sin parpadear y luego dijo.

—No puedo explicármelo, pero va a marcharse de aquí, Cameron. Recoja sus cosas y sígame.

—¿Para qué? —exclamé, perplejo.

—Ya se lo he dicho —respondió, brusco—. Se marcha. Ha llegado su orden de libertad. Dese prisa.

Di un brinco de alegría. ¡No había sido un sueño…! Dominado por la excitación, abandoné lo que estaba haciendo y me volví hacia la reja, que se abría en ese momento. Caminé a paso vivo, pasillo adelante. Esta vez no iba en pos de Crofton, sino él detrás de mí. El jefe de servicios Davis me recibió al otro lado del rastrillo y Crofton quedó atrás para siempre.

—Ha tenido mucha suerte, Cameron —me dijo Davis—. Aprovéchela y procure no volver por aquí.

—Lo intentaré con todas mis fuerzas —respondí, de excelente humor.

Antes de abandonar la prisión, mi espíritu se sentía ya liberado. Pero aún restaban las formalidades penitenciarias. Dentro de un cuartito de manchadas paredes, un funcionario me ordenó que me desnudase. Lo hice y el funcionario me examinó minuciosamente e incluso registró mis cabellos.

—Le han enviado una maleta con ropa nueva. La tiene en las duchas. Entre, dúchese y vístase.

El agua era fría y un escalofrío recorrió todo mi cuerpo cuando me puse bajo el chorro de la ducha. La maleta, nueva y cara, reposaba sobre un banco de madera. La abrí, saqué una toalla y restregué mi cuerpo anguloso y escuálido que antes había sido musculoso y robusto.

Dentro de la maleta encontré ropa interior, un traje bien cortado de lana color gris, zapatos «Lotusse», cinturón y una elegante

gabardina. En un bolsillo de la chaqueta había una billetera impecable con mil dólares en billetes de cien, cincuenta y diez. En otro bolsillo, un paquete de cigarrillos «Herbert Tareyton» y un encendedor de plata.

Ya llevaba un cigarrillo encendido en los labios cuando, perfectamente vestido y peinado, el funcionario me condujo a las oficinas de identificación. Me molestó sobremanera que me mancharan los dedos de tinta para imprimir mis huellas dactilares en una ficha, pero el funcionario me ofreció un pedacito de tela y una botellita de gasolina, con la que me limpié lo mejor que pude.

Otro funcionario me entregó un certificado de libertad y me obligó a firmar varios impresos. Luego, finalmente, la calle, la libertad.

Estaba aspirando las primeras bocanadas de aire fuera de la prisión cuando un joven de unos veinticinco años se acercó a mí.

—El señor Cameron, ¿verdad? —dijo amablemente—. Me envía a recogerle mister Corwick. Por favor, venga conmigo.

Tomó la maleta de mi mano y me guió hasta un lujoso automóvil gris estacionado en la zona de aparcamiento. Me abrió la puerta posterior y permaneció allí hasta que yo, tras un instante de vacilación, me acomodé en el interior del lujoso vehículo. Entretanto, el joven rodeó el automóvil e introdujo mi maleta en el maletero.

Un momento después regresaba para sentarse tras el volante. Se volvió un momento hacia mí, sonrió y dijo:

—Soy Milton Brown, un empleado del señor Corwick.

Estreché su mano un tanto desconcertado y Brown puso el coche en marcha. Viajamos a través del intenso trafico durante casi una hora y luego el coche tomó dirección al oeste. Hacia las nueve de la mañana estábamos ya en el Estado de New Jersey.

—¿Adónde vamos?

—A Maravilla Gardens, una residencia del señor Corwick —respondió el amable conductor.

Mis ojos lo miraban todo con ansiedad y con interés nuevo. Y ello a pesar de que apenas llevaba una semana en prisión. Era como... si volviera a nacer. El lujoso automóvil aminoró la marcha a lo largo de una ancha avenida y penetró enseguida a través de una cancela de hierro forjado que se había abierto por control remoto.

El coche se detuvo. Brown descendió y me abrió cortésmente la puerta. A mi alrededor, los pinos, catalpas y sauces exhalaban un aroma fresco y penetrante. Un gran parque rodeaba una mansión moderna, de discretas dimensiones.

Brown tomó mi maleta y me precedió hacia la casa.

—¿Podré ver a mister Corwick? —pregunté al empleado.

—Mister Corwick se encuentra en Nueva York —respondió—. Le recibirá el doctor Clapham. Creo que aquí se sentirá muy cómodo, señor Cameron.

Cierto. Me sentía muy cómodo. Era reconfortante tratar con personas como Milton Brown, viajar en un magnífico automóvil, vestir un traje bien cortado y calzar zapatos de tafilete.

Brown me precedió hasta un amplio vestíbulo acristalado y decorado atractivamente con plantas tropicales. Un caballero de unos cincuenta años, correctamente vestido y de lisos cabellos rubios acudió a nuestro encuentro.

—El doctor Frederick Clapham —pronunció Milton Brown. Luego continuó pasillo adelante y desapareció.

El doctor Clapham me observaba, sonriente. Vi que me tendía la mano y la estreché con vigor.

—Bienvenido, capitán Cameron —saludó. Y añadió—: A partir de ahora, me ocuparé de usted personalmente. ¿Quiere seguirme, por favor?

Parpadeé, desconcertado. Clapham acababa de llamarme «capitán» Cameron, lo que evidenciaba que estaba al tanto de mi personalidad.

—¿Viene? —preguntó volviéndose, al comprobar que yo continuaba inmóvil y absorto.

Le seguí apresuradamente. Recorrimos un pasillo y penetramos en una dependencia que tenía todo el aspecto de un laboratorio de análisis clínicos. Luego penetramos en un pequeño despacho, donde nos sentamos.

Sacó unas fichas de cartulina de diferentes colores y comenzó a rellenar una con mis datos personales. Entretanto, yo me sentía tan nervioso que encendí un cigarrillo y absorbí el humo con ansiedad.

—Tengo que hacerle un reconocimiento a fondo, siguiendo las instrucciones de mister Corwick. Supongo, capitán, que no tiene inconveniente en someterse al examen —dijo Clapham, alzando los

ojos de la mesa.

—En absoluto —respondí—. Forma parte del contrato.

—Perfectamente —aprobó el médico, con una sonrisa amistosa. Y siguió rellenando sus cartulinas con los datos que yo le iba facilitando.

Indudablemente, aquel hombre estaba al tanto de mi anterior situación. Clapham sabía perfectamente que yo acababa de salir de la cárcel. A pesar de lo cual, todo en su conducta era diáfano, respetuoso y amable. Se lo agradecí sinceramente.

Mantuvimos una charla distendida y cordial. Clapham se interesaba por mis antecedentes familiares y yo contestaba a todas sus preguntas de buen grado.

Inconscientemente torné a sacar mi paquete de cigarrillos y encendí otro. Clapham me miró fugazmente, pero no hizo ningún comentario.

Pero cuando terminó de rellenar su juego de fichas de diferentes colores, guardó todo en un cajón de su mesa y declaró, sin abandonar la amable sonrisa:

—Voy a someterle a un reconocimiento completo, capitán. Después dispondrá de dos días para descansar, pasear y recrearse. Aquí contará con cuanto necesite, incluso de compañía femenina si o desea. Pero no podrá abandonar esta residencia.

Estuve de acuerdo. Iban a tratarme a cuerpo de rey; ¿qué más podía desear?

Poco después, el doctor Clapham me observaba a través de la pantalla de Rayos X. Cuando encendió la luz, advirtió:

—Fume cuanto quiera durante esos dos días. Después no volverá a fumar. Pero no tema; para usted no será traumático Le someteré a una cura de sueño y dejará el vicio sin apenas sentirlo.

Instintivamente, encendí otro cigarrillo. Y tosí violentamente.

CAPÍTULO IV

Estuve durmiendo durante quince días consecutivos. Cuando despertaba, el doctor Clapham estaba a mi lado.

—¿Siente ganas de fumar, capitán Cameron? —solía

preguntarme.

—Tengo ganas de devorar un buen asado —le respondía.

Una joven enfermera me traía el menú: ligero y atractivo. Tras lo cual, Clapham me ponía una inyección y a los pocos minutos volvía a dormirme profundamente.

No volví a padecer pesadillas. Mi estómago funcionaba bien y respiraba con total soltura. Uno de aquellos días, el médico encendió un cigarrillo y arrojó a mi rostro una densa bocanada de humo.

Sentí náuseas y vomité: el simple aroma del tabaco me repelía.

Por fin, una mañana desperté y Clapham dijo:

—La cura de desintoxicación ha terminado. Es posible que vuelva a sentir la tentación de fumar, pero ahora todo depende de su fuerza de voluntad. Y le advierto, capitán: si no fuma, aún podrá vivir muchos años, pues su organismo es fuerte y resistente. Pero si llegara a recaer en el vicio, apenas viviría un par de años más. Reflexione sobre ello.

Eran los últimos días de octubre. A través del ventanal de mi habitación, podía ver los árboles azotados por el viento.

—Su estancia aquí ha terminado, capitán —advirtió el médico—: Mañana emprenderá viaje hacia Florida, donde permanecerá una temporada. Le deseo un feliz viaje y una placentera estancia en aquellas soleadas tierras.

Me tendió la mano y la estreché con vigor.

No volví a ver al doctor Fred Clapham, ni a Milton Brown el chofer, ni siquiera a la joven enfermera que me había atendido durante mi cura de sueño.

Ese último día en Maravilla Gardens, me alcé de la cama y di unos pasos alrededor de la habitación. Hasta que mis rodillas se doblaron y hube de volver al lecho. El prolongado descanso y los quince días de sueño artificial habían debilitado tanto mis piernas que apenas podía sostenerme en pie.

Pero no me alarmé: el doctor Clapham me había prevenido al respecto. Por lo demás me sentía muy bien: tenía un hambre de lobo y respiraba profunda y libremente. Pasé la tarde hojeando un montón de revistas. De cuando en cuando, abandonaba el lecho y daba un corto paseo sin separarme mucho de la cama

Lo que más me inquietaba era el hecho de que mister Corwick no hubiera hecho acto de presencia en todos aquellos días.

A la mañana siguiente, me despertaron muy temprano.

—Su avión con destino a Florida sale a las nueve de la mañana, señor Cameron —me informó Brown—. Tiene tiempo suficiente para bañarse, vestirse y desayunar. Yo mismo le llevaré al aeropuerto.

—¿Podré ver a mister Corwick? —pregunté con cierta ansiedad.

—Le estará esperando en Miami, señor —respondió el chofer.

A las ocho y quince minutos estábamos en el aeropuerto. El tiempo era detestable en Nueva York: ráfagas inclementes de viento helado soplaban sin cesar, y el tono plomizo de las nubes presagiaba un temporal de lluvias.

A las nueve menos cuarto, los altavoces avisaron a los pasajeros del vuelo 5436 de Pan American. Estreché la mano de Milton Brown, salí a las pistas y el viento me empujó con fuerza hacia el autocar que me esperaba. Poco después, el B-747 volaba hacia el sudeste.

La luz difusa y gris del aeropuerto se tornó en luminosidad cegadora cuando el poderoso avión alcanzó su altitud de crucero. Volábamos por encima de un mar de nubes blancas, cuyos bordes doraba el sol atractivamente. Allá arriba no había tormenta.

A las doce, una azafata me trajo mi almuerzo en una bandeja. Comí con fruición el menú, que me pareció escaso, y acompañé el bistec y la guarnición con una botella de cerveza.

Me sentía muy bien. Me sentía renacer.

Sin embargo, no lograba desterrar la ansiedad que me reconcomía. Yo ardía en deseos de entrevistarme con Jan Corwick. Necesitaba hablar con él, hacerle miles de preguntas en relación con nuestra expedición científica a la Antártida.

A medida que el avión progresaba hacia el sur, los negros nubarrones iban tornándose más tenues y claros hasta que, finalmente, el firmamento quedó azul y diáfano.

Luego apareció la dilatada lámina del Atlántico, hacia el este. Nos acercábamos a la península de Florida.

A la una y quince minutos el avión se posaba sobre las pistas del aeropuerto de Miami. Los viajeros descendimos y fuimos acomodándonos en un gran autocar, que se puso en marcha inmediatamente.

Antes de que el vehículo se detuviera en la terminal, mis ojos habían captado ya la silueta de Jan Corwick al otro lado de la

cristalera.

Un momento después nos estrechábamos las manos. Me dirigió una mirada lenta y profunda.

—Tiene usted un aspecto magnífico, capitán —comentó, al cabo —. Sus facciones tienen un color saludable y parece haber engordado algunos kilos.

—Gracias, señor. Sin embargo, me siento un tanto desconcertado —respondí.

Corwick me tomó por un brazo y me llevó hasta las escaleras mecánicas. En Miami hacía calor y pronto me sentí atosigado dentro de mi bien cortado traje de lana.

—¿Desconcertado? —preguntó Corwick cuando la escalera nos llevaba hacia el vestíbulo.

—Sí. Tenía entendido que el *New Phoenix* se hallaba en el puerto de San Francisco. ¿Por qué me ha hecho venir a Miami?

Se detuvo en el vestíbulo para hablarme.

—Aún es pronto, capitán —explicó—. No partiremos hasta finales de noviembre. Entretanto, usted aprovechará este tiempo para reponerse por completo.

—Pero…

—Comprendo su impaciencia, Cameron, pero todo ha de hacerse según el plan que me he fijado. Por otra parte, usted necesita sol, oxígeno puro y ejercicio físico. Todo eso lo tendrá aquí.

Abandonamos el vestíbulo. Un enorme Mercedes color gris plata, tan suntuoso como el automóvil en que Milton Brown me había trasladado desde la prisión hasta Maravilla Gardens, se detuvo en ese momento en la acera.

Corwick me impulsó suavemente por un codo y ambos nos acomodamos en el interior del automóvil. Al volante se encontraba un joven de cabellos oscuros y anchos hombros, correctamente vestido con un uniforme veraniego.

—A casa, Michael —ordenó mister Corwick. Y el coche se puso en marcha.

Viajamos a gran velocidad a lo largo de la autopista y luego atravesamos un puente y el automóvil avanzó por una avenida bordeada de magníficas villas y bungalows.

El automóvil se dirigía hacia el norte a velocidad moderada. Mis ojos contemplaban, asombrados, las lujosas residencias de los

millonarios y de las estrellas de cine que solían invernar en Florida.

De improviso, el coche se desvió a la izquierda, cruzó un puente arqueado y rodó por un camino privado hasta un magnífico bungalow rodeado de exuberantes plantas tropicales. Una laguna rodeaba la isla en cuyo punto más elevado se erguía la residencia.

—Aquí vivirá por espacio de un mes, capitán —advirtió mister Corwick—. Tendrá a su disposición cuanto desee, pero tendrá que aceptar una cierta… vigilancia. Compréndalo usted, es parte fundamental de mi proyecto y no puedo exponerme a riesgos innecesarios.

Bajó del automóvil y se dirigió al corrido porche del bungalow, mientras Michael llevaba el coche al garaje.

—No acabo de entender, mister Corwick —dije, nervioso—. ¿Por qué he de someterme a una humillante supervisión y quién ha de vigilarme?

Se detuvo. En sus nobles facciones no había rastro de enojo, aunque yo acababa de expresarme con evidente violencia.

—Tranquilícese —contestó—. Todo irá bien. La vigilancia será discreta y… soportable. Sólo trato de impedir que se deje arrastrar por el vicio. Mis hombres le impedirán fumar, beber en exceso o frecuentar en demasía la compañía de mujeres. Entiéndalo, capitán: le necesito en el mejor estado físico y mental cuando llegue el momento de partir hacia el Polo Sur. Pero le prometo que en ningún momento se sentirá humillado ni forzado.

Me relajé. Verdaderamente, yo debía mucho a mister Corwick, empezando por lo más preciado para cualquier ser humano: la libertad.

—Le prometo que no le defraudaré —aseguré.

Sonrió levemente y ascendimos al porche. Un mayordomo filipino nos dio la bienvenida y nos precedió a lo largo de las lujosas estancias.

—Charlie le indicará sus habitaciones, capitán. Encontrará ropa veraniega en su ropero. En Miami, la temperatura es muy templada durante todo el año. Descanse durante unos minutos, si le apetece, tome una ducha, vístase y reúnase conmigo. Le estaré esperando en la veranda posterior, donde tomaremos el aperitivo antes del almuerzo.

En Maravilla Gardens, Milton Brown me había dicho que

necesitaba equipaje para viajar a Miami. Y tenía toda la razón del mundo: mi patrón, mister Corwick, lo tenía todo previsto.

Charlie me precedió hasta mis habitaciones, una suite de ensueño con amplios ventanales y cómodas persianas graduables, a través de cuyas láminas se filtraba la luz dorada de Florida.

Me desnudé apresuradamente. Me sentía ansioso por volver a reunirme con mister Corwick. Tomé una ducha templada, me sequé y abrí el ropero. La temperatura era tan agradable que seleccioné un fino pantalón beige y un suéter azul muy suave al tacto.

Abandoné mis habitaciones y salí al pasillo. Charlie, el mayordomo filipino, me estaba aguardando y me guió amablemente hasta el lugar en que me esperaba mister Corwick.

El hombre que me había contratado se encontraba en una preciosa terraza al aire libre, aunque sombreada por los árboles que crecían junto a la gran piscina ovalada. Un hombre se sentaba frente a mi patrón.

—Acérquese, capitán —oí la voz de Corwick—. Voy a presentarle a Jack Rivera.

Ocupaban bellas sillas de hierro forjado pintadas de esmalte blanco, junto a una mesa de mármol del mismo color en la que había bebidas y aperitivos.

Rivera se había levantado, y aprecié que era tan alto como yo, pero mucho más corpulento y musculoso. A primera vista, Jack Rivera tenía una apariencia tosca y primitiva, sumamente engañosa: hombros enormes, músculos abultados, tórax prominente y velludo, facciones cuadradas y una mandíbula tan prognática que se parecía a la de un bulldog.

—Encantado de verle, capitán Cameron —saludó con sencillez. Y me estrechó la mano tan contundentemente que oí crujir mis huesos.

—Siéntese —invitó Corwick—. Tengo una pequeña sorpresa para usted.

Tomé asiento entre ambos y vi lo que mi patrón me ofrecía.

—Es un folleto con los datos técnicos del buque que nos llevará a la Antártida —anunció Corwick—. Supuse que le gustaría conocer las características de la nave que va a capitanear dentro de un mes.

Tomé con avidez el folleto. Más que un folleto era un verdadero libro con brillantes páginas a todo color.

El *New Phoenix* era un buque fabuloso. Botado apenas un par de

años antes, había sido concebido para realizar largas singladuras a través de los océanos glaciales. Según pude apreciar de un rápido vistazo, estaba dotado de los más avanzados sistemas electrónicos de ayuda a la navegación, y su espolón de acero había sido diseñado de forma que jamás quedase atrapado entre los hielos.

Embebido en el estudio de los datos técnicos y en la contemplación de las brillantes láminas, permanecí absorto por unos minutos. Hasta que oí la voz de Corwick:

—¿Martini, whisky o un combinado, capitán?

—Una cerveza muy fría si es posible, por favor —respondí, distraído.

Pero no pasé por alto la mirada que Rivera y Corwick intercambiaron: ambos parecían muy satisfechos por mi elección.

Alguien se estaba bañando en la piscina. Una silueta de bronce, ágil y atlética, surcaba velozmente las transparentes aguas azules. Más tarde sabría de quién se trataba.

Jan Corwick debía ser increíblemente rico. Me bastaba con recordar algunos detalles para valorar su fortuna. Se había gastado en mí una considerable cantidad de dinero, poseía una suntuosa villa en New Jersey, otra en Miami, numerosos empleados, automóviles de lujo, un buque que debía valer centenares de millones de dólares y… sólo Dios podía imaginar cuántas cosas más.

Yo aún no podía concebir que un hombre tan rico fuera a embarcarse en una aventura peligrosa. Porque la Antártida siempre supone un riesgo considerable de perder la vida, incluso hoy.

«Será un hombre caprichoso», pensé mientras Jack Rivera y mister Corwick tomaban sus combinados de zumo de frutas y ron cubano.

Sin embargo, Corwick me había parecido desde el primer momento un hombre poco dado a caprichos. En mi opinión era un caballero en toda la extensión de la palabra: afable, pero adusto; generoso, pero no derrochador. Imaginativo quizá y muy reflexivo. ¿Qué buscaría entre los hielos eternos del Polo Sur?

—Aún no le he dicho quién es Jack Rivera, capitán —oí la cuidada voz de mister Corwick.

—¿Sí, señor?

—Nuestro amigo Jack se ha licenciado del ejército hace pocos meses. Era sargento de marines cuando nos conocimos. Un tipo

rudo, fuerte y decidido, pero también un hombre noble y sencillo. Le convencí para que se licenciara y aceptara convertirse en mi guardaespaldas y hombre de confianza. Jack es un luchador temible. Él conseguirá que usted, Cameron, vuelva a recuperar su forma física —aseguró Corwick.

Jack alzó su copa y yo respondí chocando contra ella mi jarra de cerveza helada.

—Será fácil, capitán —dijo—. Usted tiene buen esqueleto. Bastará que haga una vida sana y se alimente adecuadamente. Yo me ocuparé del resto.

—¡Magnífico! —respondí, excitado—. Tal vez usted posea la fuerza de voluntad que a mí me ha faltado hasta ahora.

La cerveza estaba deliciosa. Estaba terminándola, cuando apareció Charlie para anunciar que el almuerzo estaba dispuesto en el comedor.

En el momento en que me alzaba del sillón, advertí un fugaz destello dorado entre las anchas hojas de las bananeras.

—¡Ah, miss Buckson! —exclamó Jan Corwick—. ¿Ha terminado su baño? Magnífico. Venga con nosotros a almorzar. Le presentaré el capitán Cameron.

Una bellísima mujer de cabellos rubios avanzó hacia nosotros sobre el césped. El exiguo bikini que vestía permitía admirar la hermosura casi insultante de su bronceado cuerpo de sirena.

Estaba secándose con una esponjosa toalla de baño cuando clavó en mí sus ojos color violeta, que destellaron vivamente.

Inmediatamente, sus maravillosos iris se helaron. Una intensa mirada de odio me traspasó.

—No se moleste, mister Corwick —dijo con un tono desprovisto de matices—. Conozco perfectamente al capitán Cameron.

Me miró de hito en hito, se mordió rabiosamente el labio inferior y añadió:

—Ojalá no le hubiera conocido jamás.

Tras lo cual, saltó ágilmente por encima de la balaustrada, cruzó la veranda y desapareció.

CAPÍTULO V

Los manjares que Charlie me había servido permanecían casi intactos sobre la mesa.

Jack y mister Corwick me miraban en silencio.

Imagino que esperaban una explicación por mi parte. Después de la tensa escena de la veranda, Gloria Buckson no había aparecido en el comedor; se había excusado a través de una de las camareras.

—Yo diría que miss Buckson no le profesa demasiada simpatía, capitán —observó de pronto el ex sargento de marines.

Yo palidecí; él se sonrojó.

—Lo siento, señor Cameron —se excusó enseguida—. Creo que... he invadido el terreno de su intimidad. Discúlpeme, tengo el defecto de decir casi siempre lo que pienso.

Mister Corwick comía en silencio. En el comedor apenas se oía el tenue zumbido del aire acondicionado.

—No la había visto desde hace seis años —confesé, de pronto—. Ella era apenas una chiquilla cuando el rompehielos *Cruiser* recaló en Honolulu, a la vuelta de mi último viaje a la Antártida. Cuando vio el cadáver de su padre, el contramaestre Allan Buckson, Gloria se arrojó contra mí y comenzó a golpearme con todas sus fuerzas. Supongo que para ella, yo soy el responsable de la muerte de su padre.

Jack me miró en línea recta. Sus ojos castaños no parpadeaban.

—¿Y no es así? —exclamó.

Bebí un poco de cerveza para aclararme la garganta. La cerveza me supo amarga.

—A estas alturas, poco me importaría confesar que Buckson murió por mi causa, si así fuera —dije—. Pero no fue mía la culpa. El *Cruiser* quedó atrapado entre los hielos cuando el invierno llegó bruscamente. Quedamos aislados. Nadie podía venir en nuestra ayuda. No teníamos médico a bordo y en los tanques apenas disponíamos del combustible justo para la vuelta. Lo fuimos quemando para calentarnos y disponer de fuerza eléctrica... hasta que se acabó la última gota de fuel. Buckson estaba enfermo y delicado. No debió embarcarse, pero él necesitaba el dinero para costear los estudios de su hija. Hicimos cuanto pudimos por él, pero murió.

Ninguno de mis dos interlocutores hizo el menor comentario. Tras una pausa, continué:

—No fue la única victima: murieron otros cuatro hombres a causa de problemas respiratorios. Otros sufrieron la amputación de miembros. Yo también estuve muy enfermo con una neumonía, pero conseguí salvarme... Sin embargo, disculpo a esa joven. En esta vida, todos nos sentimos impulsados a encontrar una «cabeza de turco». Y ella encontró la suya en mí.

—Hablaré con miss Buckson —prometió Corwick—. Le explicaré la verdad.

—¿Cree que valdrá la pena? —respondí—. Debió ver usted la mirada que me lanzó al reconocerme, hace poco rato. En sus ojos había un odio intenso, un rencor inextinguible. No creo que la convenza.

—Es necesario —afirmó. Y añadió—: Ella va a formar parte de nuestra expedición a la Antártida, capitán. La especialidad de miss Buckson es la Geología, pero también ha cursado la carrera de Medicina. Será nuestro médico a bordo, ¿comprende?

Me sentí abrumado de repente.

Imaginar que aquella mujer y yo habríamos de convivir durante largos meses en la soledad inhóspita del Antártico era demasiado para mí. Yo no quería luchar, necesitaba una tregua para recuperarme ahora... ahora que había decidido ponerme a caminar de nuevo.

—¿No sería más fácil relevarme, señor Corwick? —sugerí—. Debe de haber muchos expertos navegantes que estarían encantados de conducir el *New Phoenix* hasta el Polo Sur.

Corwick movió lentamente la cabeza, reflexivo.

—No. Usted será el capitán del *New Phoenix*, está decidido —resolvió—. Por otra parte, convencer a miss Buckson de que usted no es responsable de la muerte de su padre es una cuestión de estricta justicia.

—¿Por qué?

Jack nos miraba a ambos con sumo interés.

—Porque sé que lo que usted acaba de declarar es verdad —respondió.

—¿Cómo está tan seguro? —insistí, masoquista.

—Entrevisté uno por uno a los marineros del *Cruiser,* mucho antes de que le hiciese mi propuesta. Los testimonios fueron tajantes: los hombres interrogados aseguraron que de no ser por

usted, todos los tripulantes hubieran muerto. Incluso afirmaron que usted, capitán, enfermó de gravedad, contagiado por uno de sus marineros...

Jack Rivera parpadeó. Luego me miró fijamente de nuevo.

—Gloria Buckson debe saber todo eso. Iré a hablar con ella. Entretanto, ¿por qué no le enseña la finca al capitán, Jack? —propuso Corwick.

—Encantado. ¿Me acompaña, capitán? —respondió el ex sargento.

Salimos.

Advertí enseguida que la actitud de Jack había cambiado. Al principio se había mostrado cortés para conmigo, pero distante. Ahora en cambio, su sangre latina le impulsaba a mostrarse sumamente cordial y franco.

Me había tomado por un brazo y me llevaba hacia una construcción apartada en lo alto de una suave colina.

—¿Sabe una cosa, capitán? —me dijo en confianza—. ¡Le envidio! Siempre soñé con una aventura como la que usted emprenderá pronto. Por desgracia, el señor Corwick no va a incluirme en ella. Quiere que me quede aquí, al cargo de todo.

Me mostró un amplio gimnasio, en cuyo centro se veía un ring. Mientras me enseñaba las duchas y los vestuarios, susurró guiñándome un ojo:

—Es una chica fenomenal, pero demasiado fría y distante para mi gusto. Desde que llegó aquí apenas ha hablado con nadie.

—¿Se refiere a la señorita Buckson?

—¿A quién, si no? —exclamó—. Tal vez, miss Buckson sea demasiado orgullosa.

—Quizá no se trate de orgullo, de soberbia. Yo diría que esa joven se siente atormentada.

Yo no quería pensar en los problemas íntimos de Gloria Buckson, ni me agradaba continuar aquella conversación. Jack parecía dolido por el despego de miss Buckson, pero a mí jamás me han gustado los chismorreos.

Ante mi silencio, Jack dio el asunto por acabado y no volvió a insistir en el tema. Muy locuaz, me habló de sus tiempos de Vietnam mientras paseábamos de un extremo a otro de la isla.

La finca estaba aislada por completo de las restantes residencias

gracias a la laguna que la rodeaba, y sólo podía llegarse a ella a través del puente que la unía a una soleada y arbolada avenida. Más allá había un minigolf, pequeñas elevaciones herbosas y grupos de sauces, tilos, laureles y catalpas. A orillas de la laguna -Seminole Lagoon- crecían exóticas plantas acuáticas y los remansos estaban cuajados de lotos.

Tras mostrarme la propiedad en toda su extensión propuso:

—Vamos a darnos un baño. La temperatura ambiente es deliciosa y el agua de la piscina está templada.

Pasamos por el gimnasio.

Minutos después nos lanzábamos a las claras aguas de la piscina. Nadé lentamente y advertí que recuperaba el vigor enseguida. Mis brazadas eran mucho más largas y rápidas que las de Rivera, el cual se movía como una gran morsa dentro del agua.

Me hubiera pasado la tarde entera nadando, pero veinte minutos después Jack me ordenó que saliese de la piscina.

—Comenzaremos el entrenamiento a ritmo suave, aunque progresivo. Mañana correrá media hora, realizaremos ejercicios gimnásticos y podrá gozar más rato de la piscina. Por hoy es bastante —dictaminó.

Y le obedecí. Pues, según mister Corwick, aquel hombre habría de ser mi monitor durante el mes que permanecería en Miami.

No vimos a Gloria Buckson ni a mister Corwick.

—¿Le apetece que demos un paseo por Miami, capitán? —me propuso mi entrenador al día siguiente.

Asentí, entusiasmado. Poco después nos dirigíamos al garaje y Jack conducía un precioso Mustang descapotable... con el invariable color gris plata.

El ambiente de Miami Beach me embriagó. Conocía la ciudad -Miami y Miami Beach- desde mi juventud, pero ahora me pareció más viva y colorista, con miles de ruidosas personas de tez morena pululando por doquier.

Palmeras, verdor, colorido, cielo azul, temperatura suave. Maravillosas mujeres de cuerpos broncíneos bañándose en las playas y piscinas o tostándose lánguidamente bajo el sol.

A las doce de la mañana, Jack detuvo el coche ante la cervecería El Cubanito. Nos sentamos a una mesa a pleno sol, y un camarero esbelto como un junco nos trajo dos grandes jarras de cerveza.

Estaba bebiendo el helado y dorado líquido a pequeños sorbos, cuando alguien encendió un cigarrillo en una mesa próxima. La brisa arrastró una vaharada de aromático humo que acarició mi rostro y penetró como una trompa a través de mi nariz dilatada.

Me incorporé movido por un impulso irresistible, decidido a pedir al camarero que me trajera un paquete de «Herbert Tareyton». Pero supe dominarme.

Poco después volvimos a casa para el almuerzo. Vi a Gloria Buckson abandonar raudamente la piscina cuando dejamos el coche en el garaje, pero ella no apareció a la hora del almuerzo.

En síntesis, aquella jornada fue idéntica a las siguientes, con la diferencia de que cada día que transcurría yo sentía que la vida estallaba dentro de mí con fuerza irresistible. A cada jornada, experimentaba una sensación nueva. Las fuerzas habían vuelto a mí y me consideraba capaz de resistir una hora de natación sin jadear.

Mi buen apetito se hizo proverbial entre las personas del servicio doméstico de la residencia. Comía con gusto, abundantemente, siguiendo la dieta rica en proteínas, en calcio y en frutas que Jack me había recomendado.

Por otra parte, pasábamos al aire libre la mayor parte del tiempo. El sol había tostado aún más mi piel, que iba dejando de ser fláccida para hacerse tersa y brillante. Jack me iba exigiendo más cada vez, pero yo respondía sin esfuerzo.

A la segunda semana, tuve una entrevista con mister Corwick. Mi patrón había desaparecido misteriosamente y en su residencia nadie sabía dónde se encontraba. Por eso en cuanto le vi aparecer más tarde, no dudé en dirigirme a él rápidamente.

Se detuvo en mitad del césped y me escrutó largamente. Luego sonrió:

—No es preciso que le pregunte sobre su estado físico, capitán —dijo—. Tiene un magnífico aspecto. Es más... Yo diría que parece otro hombre.

Hinché el pecho bajo mi suéter elástico. Me sentía orgulloso.

—Gracias —respondí—. Le he echado de menos, señor.

—Hice un viaje a San Francisco. Estuve dándole los últimos toques a su rol, capitán. La lista de tripulantes del *New Phoenix* está completa.

Aquello atrajo inmediatamente mi atención.

—¿Puedo echarle una ojeada? —pregunté.

—No he traído ninguna copia. Cuando estemos en San Francisco comprobará que se trata de un excelente equipo humano.

—Estoy seguro, mister Corwick.

—¿Algo más, capitán? —preguntó afablemente—. Tengo que repasar unos documentos.

Vacilé.

—Sólo un minuto. Quería hacerle una pregunta. —Me sentí muy azorado—. ¿Habló con... con miss Buckson?

Corwick desvió la mirada.

—Temo que no poseo la elocuencia necesaria para convencer a una mujer tan terca como Gloria Buckson —dijo, pensativo—. Hablé con ella, en efecto, pero miss Buckson no pareció convencida. Finalmente, llegamos a un acuerdo.

—¿Un acuerdo? —murmuré, desorientado.

—Estaba dispuesta a marcharse, a despedirse. «O él o yo», me exigió literalmente. Pero yo no puedo prescindir de usted, Cameron, ni tampoco de ella. Conseguí convencerla para que continuase formando parte de mi proyecto de expedición a la Antártida, a condición de que sus funciones no se interferirían entre sí.

—Y eso significa que...

—Prometí a Gloria Buckson que usted jamás le dirigiría la palabra. Y también que jamás la obligaría a permanecer en el mismo lugar que usted. Ella quería marcharse para no tener que dormir bajo el mismo techo, pero acabó cediendo a mis ruegos. Indudablemente, es una mujer de gran temperamento —observó Corwick.

—Ya veo —respondí, frustrado—. Pero hay algo que no comprendo.

Su mirada era tan intensa que me taladró literalmente. Comencé a sentirme nervioso.

—¿A qué se refiere, capitán?

—Usted es un hombre meticuloso. Se informó minuciosamente de mis antecedentes antes de decidirse a sacarme de la cárcel y hacerme su oferta. Es lógico imaginar que antes de seleccionar a Gloria Buckson se informaría con la misma minuciosidad acerca de su vida y sus antecedentes.

—Así es.

—No entiendo, entonces, cómo usted no alcanzó a ver que esa joven y yo somos incompatibles. Y no es culpa mía, ya lo sabe —expliqué.

Por primera vez vi vacilar a Jan Corwick.

—Tiene razón, no reparé en esa incompatibilidad de que me habla. Pero a estas alturas no puedo empezar de nuevo. Faltan poco más de veinte días para que el *New Phoenix* parta de San Francisco rumbo al Sur. Tengo, pues, que asumir este conflicto. ¿Puedo confiar en usted?

Asentí con un gesto firme

—Por completo, mister Corwick. Si Gloria Buckson no quiere saber nada de mí, por mi parte no le plantearé ningún problema. Me haré a la idea de que esa mujer no existe.

—Perfectamente. Celebro que usted haya abordado el asunto, y admiro su decisión de contemporizar. Por otra parte, le aseguro, Cameron, que me sería prácticamente imposible relevar a la señorita Buckson. A pesar de su fuerte temperamento, ella es una profesional irreemplazable.

Me mordí los labios, despechado. Pero Corwick se apresuró a añadir:

—Lo mismo que usted, capitán.

No volví a verle hasta finales de noviembre.

Una tarde, Jack me llevó al aeropuerto. En el mostrador de la Pan American divise a mister Corwick, el cual acompañaba a Gloria Buckson.

Me detuve, rígido. Jack chocó contra mí y adivinó mi estado de ánimo.

—Las cosas siguen igual, ¿eh? —susurró, burlón—. No se preocupe demasiado, capitán. Por fortuna, Gloria Buckson no es la única mujer sobre la Tierra.

Advertí que Corwick se separaba de la joven rubia y venía hacia nosotros.

—Aquí tiene su billete, Cameron. La señorita Buckson y yo viajaremos en la planta superior y usted lo hará en clase turística. Espero que no le importe —dijo.

—De ninguna forma, señor. Sólo siento no poder hacer el viaje en su compañía. Por lo demás...

Jack me estrechó la mano y me despidió con una fuerte palmada

en la espalda. Yo le sonreí mientras me separaba de él. Tampoco a Jack volvería a verle jamás.

CAPÍTULO VI

El *New Phoenix* permanecía atracado en el muelle principal del puerto de San Francisco.

Era un soberbio buque de unos ciento ochenta metros de eslora. Me pareció extraño que su casco estuviera pintado de blanco hasta la línea de flotación, excepto una delgada franja azul que le recorría de proa a popa.

No eran aquéllos los colores propios de un buque de alto bordo, sino más bien los de un yate. ¿Un capricho más de mister Corwick? No, no se trataba de un simple capricho, según comprobé más tarde. En el momento en que eché la primera ojeada a «mi» barco, las grúas del puerto elevaban pilares de contenedores hasta la cubierta y posteriormente las descendían a las bodegas.

Había llegado la noche anterior a San Francisco y Corwick me había dejado en completa libertad de movimientos. Lo primero que hice fue intentar saciar mi curiosidad. Me apasionaba la personalidad de Jan Corwick, que se me antojaba misteriosa y subyugante. Un camarero trajo a mi suite del hotel un pesado ejemplar del *Who's who*[1]. Allí no figuraba ningún Jan Corwick ni ningún personaje de parecido nombre, comprobación que sólo sirvió para aumentar mi avidez.

Como era muy tarde -casi las once de la noche- decidí dejar el asunto para el día siguiente. A las once de la mañana me encontraba yo en los archivos del *Chronicle*[2]. Me atendió una amable joven miope que fumaba constantemente cigarrillos negros mexicanos y se expresaba en el más pintoresco lenguaje pasota.

—¿Corwick, Jan? ¡Ni *cascarme*, oiga! Pero ya veremos lo que puedo pesquisar para usted.

Durante los minutos que permanecimos juntos, la muchacha me llamó *tío*, *prenda*, *cariño* y *colega*. En voz baja, y mientras me miraba de refilón, murmuró algún que otro «¡Macizo, oyes!», pero yo no quise darme por aludido.

Al fin, me tendió una hoja de papel garabateada.

«Corwick, Jan. Financiero. Nacionalizado norteamericano, enero 1945. Edad aproximada: 66 años. Soltero. Aficionado a los deportes náuticos. Intereses financieros en Europa. Gran fortuna de origen desconocido. V.I.P.»

—¿Esto es todo? —pregunté, decepcionado.

Me miró desconcertada. Pero enseguida recobró su talante pasota, tomó el bloc y el bolígrafo, escribió apresuradamente, arrancó la hoja y me la tendió. Leí:

«Marcia Simpson, de buten. Tel. 456-21-21. Llamar de nueve a once, noche. Éxito seguro.»

Dejé escapar un suspiro. Aquella muchachita sólo quería ligar conmigo. Lamentablemente, yo no disponía de mucho tiempo para tales escarceos.

—Lo recordaré —dije apresuradamente. Le di las gracias y me marché.

Poco más sabía acerca de Corwick cuando abandoné los archivos del *Chronicle*. Apenas un dato interesante: nacionalizado norteamericano en 1945. ¿Un refugiado procedente de la caldeada Europa de la Segunda Guerra Mundial? Probablemente.

Un hombre muy rico, de origen desconocido, de edad... aproximada a los 66, soltero, aficionado a los deportes náuticos. Negocios en Europa. Persona muy importante. En realidad, todo esto lo había intuido yo previamente.

Hice otro intento en los registros de la Marina mercante. Lo único que sabían de Corwick era lo siguiente: armador del *New Phoenix*, buque botado dos años atrás y registrado en San Francisco.

Me imaginé la opinión que mister Corwick tendría de mí si lograba averiguar que yo andaba a la búsqueda de sus antecedentes. De pronto, me sentí traidor, culpable y deleznable. Sólo podía decir en mi descargo que me movía la curiosidad más intensa.

De modo que decidí trasladarme al puerto en un taxi. «Nuestro» buque se mecía, soberbio, en las aguas del puerto. La actividad era incesante: los estibadores pululaban en el muelle alrededor de los numerosos contenedores que las grúas elevaban hasta el barco.

Durante unos minutos, contemplé las tareas de carga del *New Phoenix*. Arriba, un hombre moreno, alto y fuerte como un oso, dirigía las operaciones, chillando sus órdenes a través de un megáfono.

Luego, súbitamente decidido, ascendí por la escala hasta el puente. Un marinero me cortó el paso con un ademán enérgico.

—¡Márchese! Nadie puede subir a bordo.

Saqué mi documentación con un gesto de fastidio.

—Soy Larry Cameron, capitán de este buque.

El marinero, un pelirrojo delgado y atlético, examinó mi documentación e instantáneamente cambió de actitud. Una amplia sonrisa distendía sus labios cuando exclamó:

—¡Bienvenido a bordo, capitán! Disculpe mi anterior brusquedad, pero el contramaestre Connor me dio órdenes estrictas de no dejar pasar a personas ajenas a la tripulación. Soy Luke Brando.

Estreché su mano y le pedí que me condujera a presencia del contramaestre. Caminábamos por el entrepuente, cuando Brando se detuvo un momento y dijo:

—Por cierto, capitán; tiene a un viejo amigo a bordo. Se trata de Rus Francini, ¿le recuerda?

Naturalmente que recordaba al moreno Francini, aquel pequeño diablo de rasgos latinos que había navegado en uno de mis barcos tiempo atrás.

El contramaestre era Kevin Connor, el individuo alto y fuerte que chillaba a través del megáfono. Brando nos presentó y ambos nos saludamos.

—No le esperábamos todavía, capitán, pero me alegro de que esté aquí. ¿Le gustaría echar una ojeada a nuestro barco? —me propuso.

Acepté encantado. Por el camino, Connor me dijo que las operaciones de carga terminarían esa misma tarde.

—Por cierto, ¿sabe qué hay dentro de esos contenedores, capitán? —me preguntó.

Me encogí de hombros.

—Sé tanto como usted. Sin embargo, imagino que se trata de maquinaria, motores, herramientas y material para construir refugios en el Antártico —respondí.

—Llevamos a bordo seis mil toneladas de peso en contenedores, más otras mil quinientas toneladas que restan por cargar. Los víveres ascienden a cuatrocientas toneladas. Todo esto se me antoja desproporcionado —comentó.

Coincidí con él. Por muchas instalaciones que mister Corwick proyectase montar en el Polo Sur, la carga era exagerada, aunque el *New Phoenix* tuviera capacidad para mucho más aún. También me parecía fuera de lugar cuatrocientas toneladas de víveres. No hice, por supuesto, ningún comentario, imaginando que mister Corwick podría ofrecerme alguna explicación que lo aclarase todo.

Pero el contramaestre se había detenido y se rascaba, pensativo, el ancho cogote.

—Hay otras cosas incomprensibles, capitán —dijo, vacilante.

—¿Sí, señor Connor?

—Esos doscientos camarotes de lujo. ¿Qué tienen que ver con un buque de carga? ¡Más se diría que se trata de un trasatlántico, de un barco de pasajeros! —exclamó sorprendido.

También yo me sentía asombrado. ¿Por qué había doscientos camarotes en un buque que apenas necesitaría una tripulación de treinta hombres?

Desde luego, se trataba de un barco magnífico. Dotado de cuatro poderosos motores diesel, estabilizadores, tres cubiertas, tanques capaces de almacenar combustible suficiente para dar la vuelta al mundo, seis transmisores-receptores de radio, radar-sonar y servo-mandos... Enseguida comencé a sentirme orgulloso ante la perspectiva de capitanear tan soberbio buque.

Como Connor había afirmado, el *New Phoenix* disponía de doscientos camarotes lujosos. Cien de ellos eran de cuatro plazas y los restantes de dos, a excepción de una docena de ellos, que eran monoplazas. En total, el buque podía acoger a casi seiscientas personas, entre pasaje y tripulación.

Pero, ¿cuál era el pasaje? Según lo que mister Corwick me había confiado, se trataba de una expedición científica. Contando con una tripulación de unos treinta individuos, podía añadirse un número de otras treinta personas que formarían, probablemente, el equipo científico propiamente dicho. ¿Y las restantes plazas de pasaje? A mí personalmente, me parecía un derroche injustificado.

Quedé admirado, tras recorrer el buque desde la cubierta a la sentina. Aparte de otras consideraciones, cualquier marino se sentiría orgulloso de capitanear aquel barco.

Cuando volvíamos a la cubierta, oí unos gritos excitados a mi espalda:

—¡Capitán, capitán Cameron!

Me volví y vislumbré la pequeña figura que venía hacia nosotros corriendo a saltitos. Era un hombrecillo de poco más de metro y medio, moreno, de cabellos finamente ensortijados, de hombros anchos y brazos cortos y musculosos.

Reconocí en el acto a Rus Francini. Hacía muchos años que no veía a aquel marinero, pero inmediatamente experimente una cálida sensación en mi pecho.

—¡Capitán, capitán! —seguía chillando Francini, al tiempo que saltaba ágilmente por encima de los rollos de cuerda y los objetos que cubrían la cubierta.

Llegó hasta mí jadeante, con los ojos brillantes y alegres. Sus cabellos intensamente negros, aparecían plateados en las sienes.

Pero seguía conservando la rapidez y agilidad de movimientos y aquel brillo pícaro en sus ojos oscuros. Me tendió la mano y estrechó la mía vigorosamente.

—¿Me recuerda, capitán? Claro que sí, ya lo veo por su expresión. ¿Sabe una cosa? No pensaba volver a embarcarme, pero me decidí a formar parte de la nómina del *New Phoenix* en cuanto supe que usted sería nuestro capitán. ¡Con usted, capitán Cameron, hasta el fin del mundo...!

—Y hasta allá iremos, aproximadamente, amigo Francini. Celebro volver a encontrarnos —dije.

El ítalo-norteamericano seguía sacudiendo mi mano con ímpetu y Connor carraspeó levemente, quizá disgustado por la familiaridad y el entusiasmo que demostraba el marinero. Pero a mí no me importaba; Francini era uno de los hombres que se habían salvado cuando el *Cruiser* quedó atrapado por los hielos en Commonwealth Bay. Me unían a aquel hombrecillo demasiadas cosas para molestarme por cuestiones de protocolo.

A bordo del *Cruiser,* el pequeño Francini había sido mi mano derecha. Y verdaderamente era un individuo polivalente; tanto servía para alegrar las largas jornadas de navegación, como para reparar las máquinas, cocinar, utilizar la radio, remendar redes y útiles, curar heridas, planchar camisas, preparar combinados o servir la mesa. Además, Francini sabía expresarse correctamente en inglés, francés, italiano y español. Pero era más que todo eso: era un hombre animoso, cordial y leal. Como le estimaba profundamente,

me alegré de tenerle a bordo.

Aún permanecí un rato en cubierta, contemplando las operaciones de carga. Hacia mediodía me despedí de Kevin Connor y de Francini, bajé a tierra y tomé un taxi con destino a mi hotel.

A la una y media de la tarde subía a mi habitación con un brazado de periódicos bajo el brazo. Encargué que me sirviesen un almuerzo en mi habitación y mientras comía hojeé los diarios con curiosidad.

No había ninguna noticia que aludiera a la expedición científica que se proponía acometer Jan Corwick.

«Algo insólito —pensé—. Por lo regular, este tipo de empresas suele tener gran repercusión en los diarios. ¿Por qué en San Francisco no se habla de la próxima partida del *New Phoenix*?»

Vi un rato la televisión, a la caza de alguna noticia relacionada con la expedición a la Antártida, pero no obtuve éxito. En ninguno de los boletines de noticias que vi se hablara de aquel tema.

Una leve inquietud se apoderó de mí. Al parecer, Jan Corwick llevaba aquella operación con el máximo secreto. ¿Por qué? ¿Acaso se trataba de una aventura sospechosa?

Aquella misma tarde recibí una carta de un banco de San Francisco. Me comunicaban un abono en mi cuenta por valor de ciento sesenta mil dólares. En cuanto a esto, Corwick había cumplido su palabra. No sólo me adelantaba mi sueldo de todo un año, sino que además me hacía entrega de los prometidos cien mil dólares de gratificación.

Dormí la siesta, y al atardecer bajé al bar para tomar una copa. Al otro lado de la barra percibí el destello metálico de una cabellera rubia. Era Gloria Buckson, cuyos ojos se cruzaron con los míos como un relámpago color violeta.

Vestía un precioso conjunto azul y una graciosa gorrita del mismo color. La contemplé, subyugado, aunque ella no me miraba ya. Era una mujer bellísima, elegante, cautivadora. Lástima que nos separaran la incomprensión y el rencor.

Estaba a punto de ir a su encuentro, cuando ella abandonó el bar.

«Se marcha por mi causa», pensé. Y me sentí triste y decepcionado.

Bebí un poco más de la cuenta. En lugar de cerveza, pedí un

whisky con hielo que bebí ávidamente. Cuando me retiré a mi habitación me sentía ligeramente mareado. Pero mi mareo desapareció súbitamente cuando sonó el teléfono y reconocí la voz de Jan Corwick:

—¿Capitán Cameron? Ha llegado el momento. Recoja sus maletas y trasládese al puerto. Mi coche le estará esperando a la puerta del hotel. No se preocupe por la cuenta del hotel. Ya está abonada.

—¿Cómo? —respondí, incrédulo—. ¿Quiere decir que zarpamos esta misma noche?

—Así es —respondió Corwick, imperturbable—. Por favor, dese prisa. Cenaremos antes de zarpar.

—Pero...

—No se entretenga. Le espero.

Cuando colgué el teléfono me sentía profundamente desconcertado. No podía comprender la urgencia de Corwick. ¿Por qué no me había señalado previamente la fecha de la partida?

«Esto tiene toda la apariencia de una huida precipitada», pensé.

Pero me apresuré a recoger mis ropas, cerrar las maletas y tomar el ascensor.

A la puerta del hotel me aguardaba un largo Lincoln Continental, de color gris plata. Dentro, un chofer joven que me saludó con un «Buenas noches, capitán Cameron». El automóvil se separó velozmente de la acera y enfiló hacia el puerto.

CAPÍTULO VII

Todo resultaba insólito a bordo del *New Phoenix*. Incluso las dos jóvenes camareras que nos estaban sirviendo la cena fría en el suntuoso comedor del capitán.

Corwick me había saludado al subir a bordo. Sin transición, me había sugerido que ambos cenásemos a solas.

Sólo pude saludar brevemente al contramaestre, pues Corwick me precedió rápidamente hacia el comedor.

Ahora estaba sentado frente a mí y saboreaba en silencio un pedazo de lubina en salsa.

—Todo esto me parece... un poco precipitado, señor Corwick —comenté, nervioso—. No me ha dado ocasión de echar una ojeada al rol, ni siquiera conozco a los pasajeros. Es decir, a los componentes del equipo de científicos.

Alzó la mirada del plato y me taladró con una mirada de sus clarísimos ojos.

—Tendrá tiempo suficiente, Cameron. La travesía será larga. En cuanto a su tripulación, tengo entendido que hizo una visita al buque esta misma mañana.

—Así es. Conocí al contramaestre Connor y a dos marineros, Brando y Francini. Pero aún no me han presentado a mi segundo de a bordo.

—No habrá segundo de a bordo —respondió Corwick sin inmutarse—. Con un capitán es suficiente. Confío plenamente en usted, y sé que nos llevará a nuestro destino con toda segundad. Por lo demás, la tripulación está compuesta por veintiocho hombres y quince mujeres, todos ellos veteranos navegantes.

—¿Quince mujeres? —me sobresalté—. ¿Para qué?

—La presencia femenina contribuirá a relajar la tensión que generan el peligro y la soledad. Debe considerar, capitán, que durante un año permaneceremos aislados del resto del mundo.

No quedé muy convencido. Mi experiencia me decía que, por lo común, la presencia de mujeres a bordo sólo sirve para crear problemas. Sin embargo, Corwick era el dueño del barco y el jefe de la expedición y yo no estaba dispuesto a contradecirle.

Cogí el tenedor y el cuchillo y comencé a comer en silencio. Corwick llenó mi copa de vino y alzó la suya.

—Por el éxito de nuestro proyecto, capitán Cameron —brindó.

Choqué mi copa contra la suya sin excesivo entusiasmo. La inquietud que se iba apoderando de mí poco a poco no me permitía gozar plenamente de aquel momento.

—¿Qué le pareció el *New Phoenix*? —preguntó mi jefe cuando ambos hubimos bebido.

Le dije la verdad: me parecía una nave magnífica, capaz de llevar a cabo su singladura con éxito.

—Sin embargo —añadí—, me imaginaba algo muy distinto. Este buque más parece un barco de placer que un buque de carga. Me refiero a esos doscientos camarotes. No logro entender para qué

necesitábamos un barco así. La tripulación…

Corwick alzó la mirada.

—Ah, por cierto: debí hablarle de ello. Llevamos a bordo cuatrocientos pasajeros de ambos sexos —pronunció.

Mi conmoción fue tan intensa al escuchar tales palabras que parte del vino que había en mi copa se derramó sobre el plato.

—¿Cuatrocientos pasajeros? —exclamé, asombrado—. ¿Quiere decir… turistas, viajeros?

—Así podría entenderse —respondió Corwick con una semisonrisa enigmática—. En realidad, son mis invitados.

Mis ojos se desorbitaron y el tenedor se escurrió de entre mis dedos.

—No puedo creerlo —respondí con un hilo de voz—. Esto es… inconcebible. ¿Algo así como un crucero de placer a la Antártida?

—No exactamente. Se trata de un viaje, simplemente.

Callé, abrumado. Luego, sin poder contenerme, expuse mi parecer a mister Corwick.

—Me parece, sencillamente, una insensatez —dije, excitado—. La Antártida es un lugar peligroso, donde han perecido miles de locos que no tomaron las debidas precauciones. Sobrevivir allí supone un riesgo considerable para hombres avezados, pero para personas que no poseen la menor experiencia la estancia en la Antártida puede constituir un riesgo mortal.

Me sorprendió la sonrisa que bailaba en sus labios. Corwick siempre me había parecido un hombre fuera de lo común, un tipo insólito, pero en aquel momento dudé del equilibrio de sus facultades mentales.

—No hay tal riesgo, capitán. Todo está pensado, meditado y calculado hasta el milímetro. A bordo del *New Phoenix* transportamos todo lo necesario para luchar contra el peligro y las inclemencias meteorológicas. Disponemos de material suficiente para construir una verdadera ciudad bajo los hielos, a salvo de las rigurosas temperaturas antárticas. Por lo demás, contamos con provisiones abundantes. También llevamos medicinas, material de socorro y quirúrgico… En fin, trato de convencerle de que sus temores son absolutamente infundados.

Intenté tranquilizarme. A fin de cuentas, yo no tendría otra responsabilidad que conducir el barco hasta la Antártida. A partir de

allí, Jan Corwick cargaría con la culpa de cualquier accidente que pudiera ocurrir.

—Puedo asegurarle que mis invitados observarán una correcta conducta a bordo, por lo que no tendrá problemas a ese respecto, capitán. También me he ocupado de todo lo relacionado con su alojamiento y manutención. Funcionarán cuatro cocinas, dirigidas por mujeres, por lo que el servicio de comidas estará siempre asegurado. No se celebrarán actos sociales, aunque mis invitados poseerán libertad total para moverse a bordo. Por otra parte, la mayoría de los pasajeros son científicos y técnicos superiores, cuyos conocimientos supondrán una valiosa ayuda en caso de necesidad.

Corwick se enjugó cuidadosamente los labios con una finísima servilleta y se llevó la copa a los labios. Luego tornó a llenar la suya y la mía y bebimos en silencio.

Tras los postres, una de las jóvenes camareras depositó en la mesa una bandeja con un precioso servicio de café.

—Y ahora, capitán, si le parece bien —propuso Corwick—, vamos a fijar nuestro itinerario.

Se había puesto en pie y desplegó sobre la mesa un gran mapa marítimo. Con un rotulador en la mano, Corwick comenzó a trazar una línea roja que partía de San Francisco y descendía hasta el sur sin tocar tierra en ningún momento.

—¿Por qué? —pregunté yo, atónito—. ¿Por qué un viaje sin escalas?

Corwick me dirigió una severa mirada.

—No necesitamos hacer escalas, puesto que disponemos del combustible necesario y las provisiones adecuadas. Por lo demás, quiero aprovechar el tiempo al máximo —respondió.

Volvió a trazar su singladura sobre el mapa. La línea descendía hasta el estrecho de Magallanes y se aproximaba al archipiélago antártico, aunque a distancia prudencial de la Tierra de Graham, y por supuesto de las más lejanas islas Sandwich y Georgia del Sur, situadas hacia el nordeste, y rodeaba la Antártida occidental para alcanzar un punto más allá de la concesión soviética, a ochenta millas de distancia de la Commonwealth Bay.

Comprobé que aquella línea nos mantendría siempre a centenares de millas de distancia de las rutas de navegación tradicionales, y así se lo hice observar a Corwick, añadiendo:

—En caso de que sufriéramos algún accidente o avería, tardarían jornadas enteras en prestarnos auxilio.

—Confiemos en que no se produzca ninguna emergencia —fue su respuesta.

Aquel comentario me pareció descabellado, tanto más cuanto que procedía de un hombre tan sensato y mesurado como Corwick. Desde mi punto de vista, la seguridad debía primar sobre cualquier otra consideración.

Al ver que yo no parecía convencido, Corwick añadió:

—No hay nada que temer, capitán. El *New Phoenix* es prácticamente insumergible, y los aparatos de ayuda a la navegación nos ofrecerán toda la seguridad que fuera de desear. Despreocúpese. Al cabo de una jornada de navegación comprobará cuan fácil es dirigir un barco como éste.

Paladeé mi café, preocupado. Corwick hizo lo mismo y dijo:

—Venga conmigo. Ha llegado el momento de ser presentado a su tripulación. Conviene que se familiarice con sus hombres, capitán; zarparemos dentro de una hora.

* * *

Era el atardecer.

El sol había descendido rápidamente -nos aproximábamos a los trópicos- sobre la línea del horizonte y comenzaba a ocultarse, tiñendo de rojo cobre el océano Pacífico.

La temperatura era muy agradable y la brisa vespertina acariciaba mi rostro. El *New Phoenix* navegaba a toda máquina hacia el sur.

Acodado en la borda de la cubierta superior, permanecía abstraído en mis pensamientos, mientras el sol parecía hundirse profundamente en el misterioso océano.

Llevábamos cuatro días de navegación. Gloria Buckson se había encerrado en su lujoso camarote -a bordo, todo era lujoso- y no había asomado siquiera a la cubierta. Tampoco había tenido yo oportunidad de conocer a los invitados de mister Corwick.

«Absurdo —pensé—. Cuatrocientos pasajeros permanecen en sus camarotes sin sentir la menor curiosidad por recorrer el buque o entablar conversación con los marineros.»

En cuanto a Gloria Buckson... debo confesar que pensaba más en ella que lo conveniente. A pesar de que me había propuesto

ignorarla por completo, me sorprendía a menudo reviviendo su esbelta y atrayente silueta bronceada, vestida con un brevísimo bikini rojo.

«Es una mujer… espectacular —reflexioné—. ¡Y tan distinta de cualquier otra…!»

Tanto en Miami como en San Francisco, yo había mantenido esporádicas -y brevísimas- relaciones con guapas mujeres, jóvenes y frívolas, dispuestas a compartir conmigo una habitación de hotel.

Desde mi pubertad, yo había tenido una mujer a mi lado. Una mujer a la que amar, que me esperaba después de cada crucero.

Y ahora necesitaba desesperadamente una mujer… y pensaba en Gloria Buckson, pensaba más de la cuenta.

La noche tropical se abatió súbitamente sobre el océano. Distraído, contemplaba las crestas espumosas que formaban las olas al estrellarse contra el costado de estribor del *New Phoenix*, cuando la brisa me trajo una oleada de sutil perfume.

Me volví. Sorprendido, contemplé la silueta rotunda de Gloria Buckson, que se acercaba a mí rozando con su mano derecha el metal esmaltado de la borda.

Su vestido azul oscuro se ajustaba, incitante, a sus caderas, moldeándolas idealmente. A contraluz de una fuerte lámpara del puente, sus finos cabellos rubios formaban un aura de oro. Se me antojó una aparición celestial, irreal, suscitada por mis propios pensamientos.

—Buenas noches, capitán Cameron —saludó, con voz tensa.

Dirigió una mirada furtiva a su alrededor. La cubierta estaba solitaria y un artístico farol dorado se balanceaba a impulsos de la brisa.

Sacó algo de su bolso y creí que era un paquete de cigarrillos. Súbitamente surgió la tufarada de gas, que impregnó mi rostro y me cegó por completo.

Noté que mis rodillas se doblaban y caí de bruces sobre la encerada cubierta. Tosí con violencia y me debatí con torpeza. Intentaba alejar de mí las brumas que nublaban mi cerebro, y quise incorporarme desesperadamente.

Ella me ayudó en mi intento. Era muy fuerte. Me aferró por la cintura y me empujó sobre la borda. Lagrimeando, vi deslizarse las crestas de espuma allá abajo.

Gloria jadeó. Reuniendo todas sus fuerzas, me impulsó por encima de la borda

Me sentía tan mareado que apenas podía controlar mis reacciones. Debió ser instintivo; al notar que caía al vacío, me agarré desesperadamente al brazo de la mujer que se proponía asesinarme impunemente.

Todavía oí su alarido segundos antes de zambullirme profundamente en el mar. Reaccioné ciegamente al sentir la frialdad de las aguas e intenté volver a la superficie, pero mi cabeza chocó brutalmente contra el casco del buque, vi surgir fotógenos deslumbrantes en lo más profundo de mi cerebro y perdí la conciencia

Un segundo antes de perder el conocimiento, un pensamiento acudió a mí:

«A pesar de todo, te amo, Gloria Buckson.»

CAPÍTULO VIII

Un hombre y una mujer hablaban con voz queda muy cerca de mí. Luego se oyó el golpe leve de una puerta al cerrarse.

Abrí los párpados despacio. A contraluz del ojo de buey de mi camarote, reconocí la silueta inclinada sobre mí: Jan Corwick.

—Capitán Cameron... ¿Me oye?

Alcé una mano con esfuerzo. Corwick me contemplaba con interés.

—Ánimo, capitán —le oí decir—. Ha pasado el peligro. Por fortuna, la señorita Buckson se hallaba en cubierta cuando una ráfaga de viento le arrojó a usted al mar. Fue muy valiente esa joven doctora. No vaciló en arrojarse al mar para salvarle, capitán. Su grito de alerta fue captado por uno de sus marineros, un tal Francini, el cual se apresuró a dar la voz de alarma. El *New Phoenix* se detuvo a tiempo y botamos una lancha... ¡Valerosa mujer, la doctora Buckson! No vaciló en arriesgar su propia vida por salvarle, capitán Cameron. Debe sentirse muy satisfecho.

Sonreí con tristeza.

—Me alegro que lo tome con humor —añadió Corwick, al captar

mi sonrisa—. Como verá, se ha equivocado; miss Buckson no le odia hasta el extremo de dejarle ahogarse. ¿Qué tal se siente?

—Maravillosamente —respondí, irónico. Palpé mi cráneo y hallé el abultado hematoma de mi frente, que alguien se había ocupado de proteger con un par de tiras de esparadrapo—. Así que fue ella la que me rescató del mar... —murmuré.

—Sí. Yo mismo corrí hacia la cubierta al escuchar las sirenas. Vi a Gloria Buckson, que se debatía entre las olas. Ella se zambulló varias veces, antes de que fuera botada la lancha de salvamento, y finalmente reapareció, trayéndole a usted, desmayado.

—Supongo que se arrepintió en el último momento —pensé en voz alta.

—¿Cómo? —inquirió mister Corwick, desconcertado.

—Digo que... debió de actuar muy a tiempo, pues recuerdo que me golpeé contra el casco del buque, cuando... Pero eso no importa. Lo que interesa es que estoy vivo.

—Así es, por fortuna. Y le confieso que me he sentido muy preocupado por su causa. Sangraba mucho por esa brecha de la frente, y temí que sufriera una fractura de cráneo. Estuvo muchas horas inconsciente, pero ahora no tiene qué temer, la doctora Buckson le ha sometido a varias radiografías y sabemos que su cráneo está intacto. Sólo sufre los efectos lógicos de un shock traumático. Miss Buckson ha dicho que muy pronto estará totalmente recuperado. Lo celebro de veras, capitán. Ahora avisaré a su enfermera. Imagino que estará hambriento, lleva unas catorce horas inconsciente.

Estuve a punto de detenerle cuando se marchaba. La rabia estallaba en mi pecho y tenía necesidad de desahogarme, de gritar la verdad: Gloria Buckson había intentado matarme. Lo que yo había supuesto un paquete de cigarrillos, no era otra cosa que un spray narcotizante, capaz de dejar fuera de combate a una persona en pocos segundos. Aún me parecía escuchar la respiración jadeante de Gloria cuando me agarró por la cintura y me arrojó al mar.

Ella era una asesina, sin paliativos. Alevosamente, había escogido el lugar y el momento más oportunos: el oscurecer, cuando yo me encontraba a solas en la cubierta.

Pero Corwick se marchó y yo callé. ¿Por qué lo hice? ¿Por qué encubrí su delito?

No lo sé. Quizá porque, arrepentida en el último momento, me había rescatado del mar. O quizá… por alguna razón más profunda.

Vino una enfermera y me trajo un copioso desayuno. Comí con ganas, como si quisiera tomarme la revancha después de haber estado a un paso de la muerte.

La enfermera me veía comer y sonreía con un gesto de aprobación. Me dijo su nombre: se llamaba Jenny Moreno y era la enfermera ayudante de la doctora Buckson. Era muy guapa. Morenita, con una corta melena rizosa, unos ojos oscuros y almendrados, muy vivaces, una boca tan jugosa como pulpa de tamarindo, una breve naricilla respingona y dos hoyitos graciosos en las comisuras de los labios. Poseía un busto erguido y pujante y una silueta de mujer latina.

—Buena señal, capitán, ese apetito suyo —comentó amablemente—. Se recuperará pronto, ya lo verá. Y, ah, le aseguro que todos hemos estado muy preocupados por su causa. Cuando le izaron a bordo, creíamos que estaba muerto, pues sus cabellos y su rostro estaban empapados de sangre, pero respiramos más tranquilos cuando la doctora Buckson le reconoció y aseguró que su estado no era de gravedad. Ella, miss Buckson, ha estado cuidándole durante toda la noche. No se ha separado de usted ni un solo momento.

¿Remordimientos, quizá?

Terminé mi desayuno y Jenny se llevó la bandeja. Me puse en pie, pero me tambaleé y caí sobre la cama. Sin embargo, pocos minutos después me sentía bien. Me miré en el espejo del cuartito de aseo y vi mi frente manchada de mercromina y cruzada por dos tiras de esparadrapo. La hinchazón había cedido mucho, y con la gorra puesta apenas se advertía el hematoma.

Me vestí y salí al puente. La temperatura había variado: hacía calor, calor húmedo y pegajoso propio de las zonas tropicales. Nos acercábamos a la línea ecuatorial y pronto el *New Phoenix* alcanzaría el Trópico de Cáncer y navegaría por el Pacífico Sur.

Transcurrieron varios días. La navegación proseguía sin problemas y los marineros se divertían en la cubierta inferior.

El mar era luminoso y terso como la palma de la mano. A mi oído llegó la voz limpia y vibrante de Rus Francini, que entonaba una evocadora canción napolitana.

Sentí una punzada en el pecho al recordar a Gloria, y me mordí

los labios. Un momento después descendía a la cubierta inferior. Francini vino a saludarme enseguida.

—No es nada, Rus. Me encuentro perfectamente.

También vinieron a mi encuentro mister Connor y el oficial de máquinas, el gordísimo y jovial Arthur Conway, un escocés de ciento veinte kilos de humanidad y carácter risueño.

—Celebramos que esté fuera de peligro, capitán.

Yo me sentía satisfecho entre aquellos amigos, que tanto se habían preocupado por mi suerte. Precisamente me encontraba entre ellos, cuando vi a Gloria Buckson en la cubierta.

Mi sonrisa se borró. Ella, por el contrario, me observaba sonriente. Aquella sonrisa suponía todo un desafío. Me estaba retando cínicamente a declarar la verdad: a confesar que Gloria Buckson había intentado asesinarme.

Pero yo callé. Quería que siguiera existiendo aquella deuda entre nosotros.

La vida transcurría plácidamente a bordo. Los misteriosos invitados de mister Corwick permanecían aislados en sus lujosos camarotes, sin mezclarse con la tripulación. Yo no había visto a ninguno de ellos. Una actitud así me preocupaba, pero yo tenía demasiadas cosas que agradecer a mister Corwick para enfadarme con él.

El *New Phoenix* navegaba por el Pacífico Sur a buena velocidad. De vez en-cuando veía a Gloria Buckson, pero ella se mantenía a distancia, silenciosa y hermética.

Una tarde, Rus Francini se acercó a mí en la cubierta de proa.

—Rara gente, esos invitados de mister Corwick, ¿eh, capitán? —comentó en voz baja y confidencial—. Apenas salen de sus camarotes y cuando aparecen, siempre es al atardecer o por la noche. ¿Ha observado que todos visten igual, capitán? Pantalones grises, gabardinas grises, zapatos negros, gorras a cuadros, grandes gafas oscuras, cabellos grises y crecidos... Es imposible escrutar sus facciones. Por lo demás, yo diría que todos ellos son como hermanos gemelos.

—¡Vamos, vamos! —respondí, irónico—. ¿Cuatrocientos hermanos gemelos, Rus?

—No lo tome a broma. ¿Usted los ha visto? Todos tienen la misma estatura, idéntica corpulencia... Sólo las mujeres destacan por

sus formas, aunque visten igual que los hombres...

—Rus, tú sabes que no me gustan las murmuraciones —advertí a Francini.

—No estoy murmurando, capitán —protestó—, sino poniendo en evidencia un hecho insólito. ¿Por qué esa semejanza entre cuatrocientas personas? ¿Quiénes son, por qué se mantienen escondidos, alejados de la tripulación? ¿Por qué se preparan sus propias comidas, aunque la nuestra no tenga nada de despreciable? ¿Quiere saber la verdad, capitán? Yo se la diré: esas personas no son como usted o como yo: *son extraterrestres*.

Me eché a reír de buena gana.

—Vamos, Rus, estás delirando. Has debido leer demasiados relatos de ciencia-ficción durante la travesía.

Francini no replicó, porque mister Corwick se acercaba a nosotros.

—¿Quiere venir a mi camarote, capitán? He de discutir algunos temas con usted —dijo el magnate.

En realidad, se trataba de asuntos triviales, en los que nos pusimos enseguida de acuerdo. Al anochecer, después de la cena, salí a pasear un rato por la cubierta de popa. Alguien había tenido la misma idea que yo: la persona que permanecía acodada en la borda. Por sus proporciones físicas, me pareció que era Jan Corwick. Le saludé:

—Buenas noches, mister Corwick. Empieza a dejarse sentir frío, ¿no es cierto? —comenté, acercándome.

Se volvió. Era Jan Corwick, aunque se cubría con una gorra a cuadros. Me miró fugazmente y luego se alejó, sin pronunciar una palabra, dejándome muy desconcertado.

Una pequeña sombra apareció a mi lado. Era Rus Francini.

—Ese hombre no era mister Corwick —susurró el marinero—. A mister Corwick acabo de verle cuando penetraba en su camarote. ¿Comprende ahora lo que quería darle a entender, capitán? Yo también he visto a ese hombre que permanecía apoyado en la borda. Sus facciones, incluso su estatura, son idénticas a las de mister Corwick. Pero no era él. Convénzase, capitán: algo inquietante está ocurriendo a bordo.

Asentí. Yo era testigo. Algo oscuro e inexplicable latía a bordo. Hablé confidencialmente con Francini y le hice prometer que no

divulgaría aquel asunto.

—Trataré de poner en claro este enigma —le prometí. Poco después, Corwick me recibía en su camarote. Vestía un precioso batín de seda plateada y fumaba calmosamente un cigarrillo, mientras consultaba un folleto que tenía en la mano. Sus clarísimos ojos grises me taladraron con una mirada penetrante.

—¿Alguna novedad, capitán Cameron? —preguntó con amabilidad.

—Quiero saber si hay algo ilegal a bordo, señor —fui directo al asunto.

—¿Por qué lo pregunta?

—Acabo de confundir a uno de sus invitados con usted. Más claro: aquel hombre era idéntico a usted. Quiero que me explique eso. Y, por favor, no me diga que se trata de un hermano gemelo —hablé con dureza.

—No pienso decirte tal cosa, capitán —respondió, sin alterarse—. Ahora no puedo darle explicaciones más claras. Pero lo sabrá todo a su debido tiempo. Y le aseguro que no he rebasado las leyes ni un solo milímetro.

CAPÍTULO IX

El día 27 de diciembre, el *New Phoenix* navegaba a través de un mar de hielo. Acabábamos de trasponer los 60° de latitud sur. En la lejanía se adivinaba la línea del continente helado. Bloques de hielo de varias toneladas chocaban sordamente contra el duro espolón de acero del buque.

En el hemisferio Sur comenzaba el verano, y enormes icebergs se desprendían de los ventisqueros y flotaban peligrosamente hacia la Tierra de Graham Las horas de plácido crucero habían quedado atrás: cerca estaba el peligro.

Esa mañana, mister Corwick me habló reservadamente.

—A partir de ahora, nuestra radio permanecerá muda, excepto en caso de siniestro —me indicó—. Tampoco responderemos a ninguna llamada.

—Extraño proceder, señor —observé, tenso—. Usted me dijo que

no habría nada ilegal ni deshonroso en esta expedición. Pero a la vista de lo que acaba de ordenarme…

—Usted no confía en mí, capitán. Si confiase acataría mis instrucciones con los ojos cerrados. ¿Tiene algo que reprocharme?

Me sentí muy violento. Hasta aquel momento no había nada ilícito en el proceder del hombre que me taladraba con la mirada. Así hube de confesarlo.

—En tal caso, no tiene que preocuparse. Esa cautela de la incomunicación radiofónica tiene su explicación: no quiero atraer la curiosidad de los buques que sirven a las estaciones meteorológicas y científicas o de los aviones que sobrevuelan el Antártico.

—Entonces, la pintura blanca de este buque, ¿viene a servirle de camuflaje con el fondo helado de las aguas? —planteé, suspicaz.

—Así es, en efecto. Y no hay nada de ilegal en todo ello —respondió con autoridad.

Dos días más tarde estábamos en la Bahía de la Commonwealth. Tripulantes y viajeros habían cambiado sus atuendos ligeros por gruesas prendas de abrigo. Gloria Buckson vestía un anorak azul claro que contrastaba atractivamente con sus largos cabellos rubios.

Corwick me mostró un mapa y señaló un punto de la bahía.

—¿Ve esto? Es el ancho canal de un glaciar. Lleve el buque hacia el fondo de ese canal —indicó.

—¿No teme que esos altos témpanos de hielo se desplomen sobre el canal y nos hagan naufragar? —objeté.

—Aún es pronto para que comience la fase más intensa del deshielo. Podemos seguir adelante con toda seguridad —respondió.

El buque atravesó gallardamente la Commonwealth Bay, abriéndose fácilmente paso con su aguzado espolón de acero.

El día 31 de diciembre el buque navegaba despacio a lo largo de imponentes farallones de hielo, que brillaban al sol como bloques de cuarzo pulido. Los tripulantes se asomaban, fascinados, a la borda. Entre ellos, Gloria Buckson, cuyos ojos color violeta permanecían estáticos, como hipnotizados.

Ninguno de los invitados de mister Corwick estaba presente. Al parecer, preferían la intimidad de sus camarotes.

A las doce del mediodía, el *New Phoenix* llegó al final del canal y echó el ancla a doscientas yardas del hielo sólido. Una especie de plataforma que se elevaba un poco por encima de la cubierta, iba a

favorecemos la descarga. A partir de allí, el sol brillaba sobre una leve rampa nevada que se dirigía rectamente hacia un glaciar en V.

El buque fue abarloado a aquel muelle natural por cuatro lanchas, una de las cuales manejaba con pericia Rus Francini. Inmediatamente comenzaron a funcionar los cabrestantes y todo el mundo se puso en marcha para la descarga. La temperatura apenas superaba los dos grados Celsius, pero el sol brillaba con fuerza.

Doscientos containers y dos docenas de vehículos sobre orugas fueron descargados antes de que el sol huyera. A las cinco de la tarde se interrumpieron los trabajos y cada cual fue a recuperar sus fuerzas con un tardío almuerzo.

Aún no eran las seis de la noche, cuando llamaron a mi camarote. El contramaestre Connor y el oficial de máquinas Conway encabezaban un nutrido grupo compuesto también por Rus Francini, Luke Brando, Jenny Moreno y el resto de la tripulación, hombres y mujeres, a excepción de los que en aquel momento estaban de servicio.

—Felicidades en nombre de todos, capitán. Es Nochevieja. Hemos pensado organizar una pequeña fiesta, a la que estarán invitados todos los hombres y mujeres de buena voluntad. Naturalmente, usted, señor, será nuestro primer invitado. Hemos preparado un banquete muy marinero y diverso, con whisky escocés, vodka ruso, champaña francesa y vinos españoles e italianos. Hasta ahora, no hemos inaugurado el gran salón de solemnidades. Por tanto, todos nos reuniremos allí, si usted nos autoriza, capitán —habló Connor, sonriente.

—Gracias. Me parece muy justo que todos nos divirtamos un poco. Invitaré a mister Corwick, si me lo permitís...

—No faltaba más, capitán. Aunque nosotros hemos organizado la fiesta, usted puede invitar a quien le parezca. Todos serán bien recibidos en el salón —respondió Arthur Conway. Y una ovación acogió sus palabras.

Cuando se marcharon, me acicalé y vestí mi mejor uniforme.

Enseguida llamé al camarote de Jan Corwick. Y le dije que nos sentiríamos muy honrados con su presencia en nuestra improvisada fiesta de fin de año.

Me dirigió una mirada profunda y reflexiva. Y dijo algo que me impresionó:

—En realidad, sus festividades paganas o cristianas poco significan para mí, capitán. Sin embargo, participo sinceramente de su alegría en estos momentos. Transmita mi felicitación a su tripulación.

Estaba claro que no pensaba asistir a nuestra celebración. En aquel momento, Jan Corwick parecía estar mil años alejado de nosotros. Le di las gracias y me marché.

En el salón de solemnidades, mis buenas gentes se divertían ya con todo el afán del mundo. Como eran veintiocho hombres para sólo quince mujeres -aunque todas jóvenes y atractivas- habían recurrido al azar para el baile: una pequeña ruleta que señalaba a los agraciados con una pareja femenina.

Sonaba el ritmo trepidante y cadencioso de una samba brasileña, y el ambiente era festivo, vivo y animoso. Conway tenía entre sus largos y musculosos brazos a Tynny Vergara, una pequeña, pizpireta y delgada muchacha a la que hacía volar materialmente sobre la pista; Francini se abrazaba como un crío a la cintura de la exuberante Ronda Kaplan, y el gigantesco contramaestre Connor achucaba en sus brazos a Jenny Moreno.

Alguien me ofreció una copa de jerez y un platito lleno de cóctel de mariscos. Todo era delicioso. Bebí otra copa, y Jenny Moreno se acercó a mí con una sonrisa sugestiva en sus labios frutales.

—¿Baila, capitán?

—No sé si tengo derecho —respondí—. ¿No sería más prudente que yo también recurriese a la ruleta?

—Podría, pero... yo me disgustaría —respondió, coqueta. Y la tomé en mis brazos.

Bailaba maravillosamente y pesaba poco más que una pluma. Sin embargo, mientras la conducía a través de la pista espejante, un pensamiento acudió violento a mí... ¿Dónde estaba Gloria Buckson?

—Está distraído, capitán. ¿Es que no le gusto? —susurró Jenny a mi oído.

La oprimí levemente contra mi cintura.

—¿Puedes dudarlo? Pero me temo que también gustas muchísimo a otros —respondí cuando terminó la samba.

Rus Francini vino a nosotros y agitó en el aire su tiquet-premio. Él tenía ahora derecho a bailar con la preciosa Jenny Moreno.

Bebí otra copa de jerez. Comenzaba a entonarme y me sentía

feliz, magnánimo y capaz de disculpar a mi mayor enemigo. Mis pies se pusieron en marcha sin que mi ser consciente interviniera en ello.

La puerta del camarote de Gloria Buckson se abrió. Y allí estaba ella, contemplándome expectante. Vestía una túnica color cobre que le sentaba maravillosamente.

—¿No quiere venir a nuestra fiesta, doctora Buckson? —escuché mi propia voz—. Toda la tripulación está divirtiéndose amigablemente esta noche.

Sus ojos violeta tenían una transparencia sublime. Y parecían húmedos, brillantes y trémulos.

—Estaba deseando que viniera a invitarme, capitán. Algunos de sus hombres estuvieron aquí para felicitarme e invitarme a su fiesta. Pero yo... Bien, entre. Estaré lista en unos pocos minutos —habló rápidamente—. Entretanto, puede servirse una copa.

Entré. Su camarote era tan amplio y lujoso como el mío, pero tenía un toque especial. Un toque femenino. Olía muy bien allí, y las luces eran suaves y sugerentes.

Me serví una copa de jerez en el pequeño bar del living. Y apenas había probado el vino, cuando ella estaba a mi lado. Vestía un traje de noche azul turquesa, vaporoso y sutil. Sus cabellos sedosos se desparramaban por sus hombros desnudos, y sus henchidos senos se movían al impulso de su respiración.

—Adelante, mi encantadora dama —dije. Y la tomé por la mano y corrimos hacia la fiesta. Nuestra llegada causó cierta conmoción: seguía sonando la música, pero todos habían dejado de bailar y nos miraban.

Gloria tomó la iniciativa. En el aire sonaban los compases del *Mambo Número Ocho*.

La vi mover las caderas como una diosa vikinga y, excitado, la seguí en sus ágiles pasos de baile. Los miembros de la tripulación se lanzaron de nuevo a la pista, como si la fiesta acabase de tomar un nuevo ritmo, más alegre y vertiginoso.

Bailamos durante largo rato sin tomarnos descanso. Nadie nos pidió que nos sometiésemos al juego de la ruleta, pues todos sabían que Gloria estaba allí por mí y para mí.

Al final, jadeantes, nos retiramos al buffet. Kevin Connor puso en nuestras manos sendas copas de champaña, pronunció un alegre «¡Prosit!» y se alejó.

Gloria humedeció sus labios con el helado vino espumoso y sus blancos dientes destellaron como perlas. Inconteniblemente, la tomé por la cintura y la besé en la boca. Sus labios eran tiernos y jugosos, y respondieron levemente a mi caricia. La miré a lo más profundo de sus increíbles ojos violeta y susurré:

—¿Paz?

—¡Paz! —respondió ella, radiante. Pero su faz se nubló—. No sé cómo pude hacerlo, Larry —añadió apenas en un susurro—. Mister Corwick me hizo comprender que tú no eras responsable de lo sucedido a mi padre, pero mi corazón estaba lleno de rencor y…

—Calla, te lo ruego —le pedí. Mas ella continuó.

—Durante varios años me empeñé en odiarte. Y casi lo conseguí. Ahora…

—Ahora vamos a olvidarnos de todo y gozar con todas nuestras fuerzas de este momento inolvidable. ¡Ven! —invité. Dejé las dos copas en el buffet, la tomé por la cintura y la apreté cálidamente contra mí.

Bailamos hasta poco antes de que terminase la fiesta. Ella tenía las mejillas arreboladas cuando me dijo:

—Ven conmigo, Larry. Necesito de ti urgentemente.

La seguí a su camarote y ambos nos sumergimos en un frenesí apasionado hasta el amanecer.

CAPÍTULO X

Invertimos veinte días en trasladar centenares de toneladas de material a una meseta helada situada más allá de los 70 grados latitud sur. A finales de enero comenzamos la construcción de los refugios, sólidamente instalados bajo la nieve.

Dos bulldozers trabajaban día y noche realizando la excavación necesaria, mientras mis hombres y yo cortábamos planchas y perfiles y ensamblábamos diversos sectores y elementos para las construcciones metálicas.

Los extraños invitados de mister Corwick habían quedado, entre tanto, a bordo del *New Phoenix*, anclado en el Canal de Buckson -yo lo había bautizado así en memoria del padre de Gloria.

Verdaderamente, Corwick sabía lo que hacía al ordenar pintar su buque enteramente de blanco: a pocos centenares de metros, era prácticamente invisible, confundido con los hielos.

Mientras nosotros trabajábamos en la construcción de los refugios antárticos, Gloria montaba un pequeño helicóptero que había llegado en varios contenedores. Cuando supe de la existencia de aquel helicóptero, le pregunté a Gloria qué misión habría de realizar el aparato en aquella vasta extensión helada.

—Mister Corwick quiere que busque metales. Grandes cantidades de metales —respondió—. Disponemos de un avanzadísimo detector de minerales. El detector irá montado en el helicóptero, que recorrerá cada día una porción de esta meseta. Mister Corwick debe de tener alguna idea al respecto, ya que la prospección se llevará a cabo en un área reducida —me explicó.

¡Conque era eso! Mister Corwick buscaba yacimientos metalíferos… en secreto. ¿Y para ello necesitaba la presencia de cuatrocientos misteriosos y casi invisibles «invitados»?

La construcción de los refugios avanzó a buen ritmo. Pero mucho antes de que estuvieran terminados -allá para finales de marzo- Gloria recorría en su helicóptero la meseta de hielo.

Yo temía por ella. Incluso en verano, la Antártida se ve azotada a veces por terribles temporales de nieve. Sin embargo, Gloria realizaba su tarea con envidiable entusiasmo. Demostraba una seguridad sin límites cada vez que se elevaba en el helicóptero.

A principios de abril, mister Corwick dio la orden de que sus invitados, que se encontraban aún a bordo del *New Phoenix* fueran trasladados a los refugios de la meseta. Formamos, pues, un convoy con doce vehículos sobre orugas y descendimos hacia el Canal de Buckson.

El verano antártico había terminado y el tiempo empeoraba a ojos vistas.

Pensé en lo que ocurriría si, durante nuestra estancia invernal en la meseta, el buque, anclado y sin gobierno, quedase atrapado por los hielos. Planteé este temor a mister Corwick, pero el impasible caballero respondió:

—Deseche cualquier temor. Este buque ha sido construido especialmente para soportar situaciones extremas. Ni su casco de acero, ni la estructura interior son rígidos, de modo que el barco

puede soportar perfectamente la presión del hielo. Por lo demás, en nuestra ausencia funcionará un mecanismo termorregulador que evitará que el hielo entierre a su buque, capitán.

Sus invitados, irreconocibles bajo el equipo de nieve, fueron subiendo a los vehículos. En los días posteriores, los auto-orugas hicieron todavía varios viajes al Canal de Buckson para recoger grandes cargas de provisiones y combustible.

Hacia el mes de junio, el invierno ártico trajo la primera tempestad de nieve verdaderamente seria. Soplaban vientos de doscientos cincuenta kilómetros por hora, que hacían prácticamente imposible la permanencia de seres humanos en el exterior.

Por fortuna, gozábamos de confortables refugios bajo el hielo, a prueba de tempestades. Disponíamos de provisiones suficientes para sobrevivir año y medio, y disfrutábamos de todos los adelantos de la técnica moderna, como calefacción y televisión. Sólo veíamos programas «enlatados», pero para nosotros era suficiente.

Los invitados de mister Corwick ocupaban dos grandes refugios subterráneos, en uno de los cuales se había instalado el patrón. Gloria y yo y el resto de la tripulación habitábamos un pequeño refugio situado a cierta distancia de los anteriores.

La tempestad de nieve y vientos huracanados duró dos semanas. Luego volvió a lucir el sol y abandonamos, ansiosos, nuestro reducto.

Una tarde, Gloria me tomó por un brazo y me llevó a unas dos millas de la base antártica. Estábamos muy cerca de un glaciar situado al este del Canal de Buckson. Gloria señaló el suelo y dijo, excitada:

—Ahí debajo lo tenemos.

—Tenemos, ¿qué?

—Lo que mister Corwick buscaba. Lo encontré a mediados de mayo, pero el patrón me hizo prometer que lo mantendría en secreto. Y he cumplido. Ni siquiera a ti te lo dije.

—Pero, ¿qué es? —insistí, intrigado.

—Una gran masa de metal de unos seiscientos metros de longitud —me explicó.

—Querrás decir una gran veta de mineral —corregí.

—No. Es metal puro. Un metal de densidad superior a la del acero, te lo aseguro. Pero el detector electrónico ha sido incapaz de

analizar su estructura. ¿Puedo confiar en tu discreción?

—Por supuesto que sí —declaré, un tanto irritado.

—Pues bien: mister Corwick quiere desplazar parte del hielo que tenemos bajo nuestros pies, en dirección a la Bahía Petroff, ésa que ves entre la bruma.

—¿Desplazarlo? ¿Cómo es posible?

—Haremos estallar potentes cargas de gelinita a ochenta metros de profundidad. El hielo que contiene esa masa de metal quedará libre y el resto lo hará el calor, cuando llegue el próximo verano.

—Pero, ¡eso es estúpido! —exclamé—. Si lo que a Corwick le interesa es el metal, está claro que se quedará sin él. Una masa tan pesada se hundiría rápidamente en el canal de acceso a la bahía.

Gloria me miró, reflexiva.

—Me temo que Corwick no busque simplemente una veta de metal. Es… algo distinto —murmuró.

—Pero, ¿qué? ¿Qué es lo que busca exactamente?

—Lo ignoro —respondió Gloria—. Te he dicho cuanto sé.

Regresamos hacia la base. A partir de aquel momento me sentí atosigado por una gran tensión. La curiosidad y la incertidumbre me mantenían en vilo. Yo necesitaba saber, pero Corwick era inabordable, se había recluido en su refugio y nadie pudo verle durante todo el invierno. Sin embargo, yo estaba seguro de que antes o después, Corwick me daría una explicación satisfactoria.

Intenté inhibirme de aquel problema. Por fortuna, mi tripulación se las arreglaba para mantenerme distraído: Francini inventaba cada día un juego distinto. Bajo la furia de la tempestad antártica nosotros estábamos bien alimentados y calientes.

Transcurrieron los meses de julio, agosto y septiembre y el tiempo mejoró eventualmente. Corwick abandonó su madriguera y nos dio sus instrucciones: había que perforar el hielo hasta ochenta y cinco metros de profundidad, precisamente en las inmediaciones del lugar donde Gloria aseguró que se hallaba aquella gran masa de metal de seiscientos metros de longitud.

No hice ninguna pregunta al hombre que me había sacado de la cárcel. Me limité a dirigir el montaje de una gran taladradora helicoidal sobre tractor. Una mañana clara de octubre, los vehículos se dirigieron al lugar señalado.

El potente motor de la perforadora rugió y el acero taladró el

hielo. Las instrucciones de Jan Corwick eran precisas: el ancho de la perforación debería ser de un metro de diámetro.

A medida que las cuchillas de acero extraían fragmentos de hielo transparente, un tractor limpiaba la zona.

Tardamos dos jornadas en alcanzar la profundidad deseada: ochenta y cinco metros. Me asomé al agujero con precaución, una vez retirada la broca perforadora.

La luz del sol taladraba el cristal de hielo e iluminaba fantásticamente el profundo pozo. Cuando me retiré, mister Corwick estaba junto a mí.

—Traigan una grúa con cable de acero. Voy a descender al fondo de ese pozo —anunció.

—¿Usted? —exclamé con estupor—. ¿Qué se propone hacer allá abajo? Le advierto que puede ser muy peligroso.

—Lo sé —respondió, sereno—. Hagan lo que les he dicho.

Di la orden. La grúa llegó pocos minutos después. Rus Francini apenas tardó un cuarto de hora en preparar un resistente arnés, que yo mismo ajusté a las piernas, cintura y brazos de Jan Corwick.

Cuando estuvo suspendido del cable de la grúa, Corwick, que llevaba una potente lámpara eléctrica en las manos, ordenó:

—¡Abajo! —y chirriaron las poleas y los engranajes. Corwick desapareció en las profundidades y todos los presentes, incluida Gloria, quedamos con el ánimo en suspenso.

Al cabo de unos minutos, llegó la voz de Corwick, que resonó con matices dramáticos a lo largo del tubo.

—¡Basta! ¡Aguarden mis siguientes instrucciones!

Transcurrieron quince, veinte minutos. A pesar de la baja temperatura, mi rostro estaba sudoroso y brillante. El tiempo pasaba angustiosamente. ¿Habría sufrido Corwick algún accidente, un desvanecimiento repentino?

Me asomé al pozo con cautela La visibilidad era buena hasta unos treinta metros de profundidad; más allá, sólo se veía el fondo oscuro. Ya iba a lanzar un aviso, cuando escuché su recia voz:

—¡Pueden subirme!

Hice un gesto al oficial Conway y la grúa se puso en marcha. Unos minutos más y Corwick apareció a la vista.

Advertí que algo había cambiado en él. Su expresión se había animado y sus ojos grises tenían un fulgor enigmático.

—Tapen el pozo convenientemente y volvamos a la base —dijo por toda explicación.

Esa noche, Corwick vino a verme a mi camarote. Era la primera vez que lo hacía desde que instalásemos los refugios.

Me miró fijamente, después de aceptar una copa de aporto.

—Capitán, vamos a colocar una fuerte carga de gelinita en el fondo de ese pozo —dijo—. Tengo que hacerle una revelación: hay algo bajo el hielo que deseo recuperar.

Simulé una sorpresa que no sentía. Y asentí.

—De acuerdo con la doctora Buckson, he calculado la potencia de la explosión de forma que una gran masa de todo se desgaje y pueda deslizarse hacia la Bahía Petroff. Pero no deseo que su tripulación participe en esta fase de la operación. Sólo trabajaremos la doctora Buckson, usted y yo.

—A quince millas de aquí comienza la concesión soviética[3]. ¿No teme que ellos capten esa tremenda explosión? —le sugerí.

—He pensado en ello, de modo que haremos estallar la carga en medio de una tempestad. De todas formas, los soviéticos disponen de sismógrafos y otros aparatos capaces de detectar una explosión… Sin embargo, en la Antártida se producen constantemente movimientos sísmicos alrededor del volcán Erebus. Así que nuestra explosión pasará inadvertida —arguyó Corwick.

—Muy bien. ¿Quiere decirme ahora qué es lo que espera rescatar a más de setena metros de profundidad? —le pedí.

—No puedo decírselo… aún. Pero pronto lo sabrá —respondió, enigmáticamente.

Al día siguiente, Gloria, Corwick y yo nos trasladamos al pozo en un auto-oruga. Sacamos de él varios barriles de gelinita que atamos con un sólido cable de acero. Gloria adaptó el mecanismo de ignición por cable e hicimos descender hasta el fondo del pozo la potentísima carga.

Terminada la operación, tapamos el pozo de nuevo con una plancha de acero cubierta de hielo y regresamos a nuestra base.

Fue en la primera semana de noviembre cuando se desató aquel furioso temporal. El viento rugía a doscientos kilómetros por hora, y la fuerte nevisca borraba la visibilidad a pocos metros de distancia.

Corwick me envió recado. Salí del refugio y me reuní con él. Gloria estaba presente.

—Vamos allá —propuso Corwick—. Ha llegado nuestro día.

Subimos a un auto-oruga y nos dirigimos al pozo. El viento huracanado azotaba a ráfagas el vehículo y lo empujaba con terribles bandazos.

Llegados junto al pozo, nos apeamos. Gloria llevaba un pesado carrete de hilo conductor.

La operación apenas duró un par de minutos, pues todo consistió en empalmar el cable. Subimos al vehículo de nuevo y fuimos tendiendo hasta unas dos millas de conductor eléctrico que rápidamente cubrió la nieve.

El extremo del cable fue a parar al refugio de Corwick.

—Tomaré esta responsabilidad para mí —dijo—. Ahora pueden volver a su refugio. Cuando llegue la noche, haré estallar la carga en medio de la tempestad.

Serían las nueve de la noche cuando sentimos una ligera conmoción. Pero el furor de los elementos producía tal estrépito que nadie pudo determinar que se trataba de la tremenda explosión.

Sólo Gloria y yo supimos el origen de aquel ligero temblor de tierra. Nos miramos fijamente y callamos.

Esperábamos, impacientes, que amainara la tempestad para comprobar el efecto de la deflagración.

CAPÍTULO XI

La ventisca continuó durante tres días más. Al fin, el viento decreció su intensidad, aunque seguía nevando.

Gloria y yo aguardábamos, impacientes, la llamada de mister Corwick. Al fin una mañana penetró en nuestro refugio y dijo:

—¿Quieren acompañarme?

Salimos y nos acomodamos en el auto-oruga. Dos millas mas allá, detuve el vehículo y echamos pie a tierra.

Una profunda grieta de diez yardas de anchura se abría en el hielo. La grieta se perdía en la distancia, bajo la nieve que caía a nuestro alrededor, arremolinándose contra el vehículo.

—¡Magnífico! —exclamó Corwick, muy excitado—. La felicito, doctora Buckson; calculó matemáticamente la potencia de la

explosión.

Recorrimos el borde de la profunda sima con pasos cautelosos. Según pudimos calcular, la deflagración había desgajado un colosal bloque de hielo de miles de acres de extensión. La inclinación de su superficie indicaba que la formidable masa se había desplazado justamente en dirección a la Bahía Petroff.

Como Corwick había previsto, el gran témpano resbalaría hacia la bahía en cuanto llegaran las temperaturas del verano muy próximo ya en el Antártico.

—Volvamos —propuso Corwick—. Por ahora, nada nos queda por hacer aquí.

Una semana más tarde lucia el sol, y el firmamento era de un azul tan puro como jamás habían contemplado mis ojos. Cuando mister Corwick nos citó a Gloria y a mí, los tres protegíamos con gafas oscuras nuestros ojos.

El témpano había comenzado a deslizarse ya hacia la Bahía Petroff, a juzgar por la anchura de la grieta de ruptura, de unos veinticinco metros de ancho ahora.

Allá abajo, en el seno del bloque helado se transparentaba una gran masa oscura. Cuando los rayos del sol alcanzaron el fondo de la sima, una superficie metálica brilló bajo el hielo transparente.

—Era eso lo que usted buscaba, Corwick —sugerí, escrutando su rostro—. ¿Puede decimos ahora de qué se trata?

Hinchó su pecho de aire antes de responder con un trémolo en la voz:

—Es... una gran nave.

—¿Una nave? —exclamé, dominado por el estupor—. ¿Quiere decir... un barco, un submarino?

—No. Es una nave interplanetaria —afirmó.

Pensé si estaría bromeando, pero su semblante era severo y su expresión concentrada.

Hice acopio de paciencia. Gloria nos miraba a ambos, alternativamente, perpleja.

—Supongamos que sea, en efecto, una gran nave interplanetaria, un vehículo cósmico. ¿Cómo supo usted que estaba aquí? —planteé.

—Mis antepasados fueron transmitiendo el secreto de padres a hijos durante cien generaciones —afirmó serenamente. Hice un sencillo cálculo mental. Calculando una media de cincuenta años

por cada generación, cien generaciones suponían... ¡cinco mil años!

—¡No se burle de mí, mister Corwick! —advertí, irritado—. ¡Nadie es capaz de guardar una memoria de cinco mil años! Pero si admito ese delirio, tendría que suponer que usted... que sus antepasados... provienen de otro mundo.

—Así es —respondió el hombre de cabellos plateados.

—¡No creo una sola palabra! —barboté, tenaz.

Corwick me dirigió una mirada escrutadora y profunda.

—En ese caso, de nada sirve que yo siga hablándole, capitán —respondió. Y se alejó a pie a través de la meseta, en dirección a nuestra base.

—Le has ofendido —me reprochó Gloria, viéndole alejarse.

—¿Qué quieres que hiciera? —estallé, nervioso—. ¡No me resulta fácil creer esa fabulosa historia...! ¡Una nave interplanetaria, un secreto transmitido de padres a hijos a lo largo de cinco mil años...!

Gloria me miró de hito en hito.

—Y, sin embargo, yo pienso que Corwick ha dicho la verdad —manifestó, absorta—. Reflexiona, Larry: todo coincide. El secreto con que Corwick ha rodeado esta expedición, el hecho de que él conociera aproximadamente la localización de esa nave interplanetaria.

—¡Paparuchas! —la interrumpí, frenético—. Probablemente, se trata de un gran avión siniestrado. Es probable que Corwick sepa que el avión contiene algo valioso y trate de recuperarlo.

—Larry, esa capa de más de setenta metros de hielo que cubre la nave ha tardado en formarse... varios miles de años —observó Gloria.

Me callé lo que iba a decir. Ella era una experta geóloga, que precisamente se había especializado en la génesis de los polos. No podía contradecirla.

—Pero además están esos enigmáticos invitados, que se esfuerzan en enmascarar sus facciones. ¿Por qué? Porque hay algo en ellos que podría perturbarnos, llenarnos de pánico quizá. Piensa un poco, Larry: ¿qué imaginas tú que han venido a hacer a la Antártida esas cuatrocientas personas? —planteó Gloria.

No supe responder a la cuestión. Me sentía tan furioso, que no pude poner en orden mis sentimientos y mis ideas.

Cuando subimos al vehículo, Corwick se había perdido de vista.

—Has sido injusto con él; tus sarcasmos de incrédulo le han ofendido. Larry, ¿te has detenido a pensar que gracias a él tú y yo hemos vuelto a vernos y a... reconciliarnos? Ese hombre se ha preocupado por todos: sólo nos ha hecho bien.

Gloria tenia razón, pero yo no quise admitir mi torpeza. Volvimos a la base y me recluí en mi habitación. Una hora más tarde me alzaba de la litera e iba impulsivamente a entrevistarme con Jan Corwick. Nuestra conversación sólo duró unos minutos; le presenté mis disculpas y él las aceptó, con una sonrisa indefinible.

Al día siguiente, Gloria y yo volvimos a reunimos con Corwick junto a aquella grieta que cada día se ensanchaba varios metros. Allá en el fondo, la larga silueta plateada se veía con mayor nitidez a través del hielo.

—Voy a contarles la historia de los Xings-Kadaris, es decir, la historia de mi pueblo, los Exploradores del Universo —reveló de repente—. Les ruego que me escuchen con atención.

—No le interrumpiré ni una sola vez, aunque me descubra nociones que mi mente no pueda asimilar —prometí. Y le rogué—: Hable, por favor.

Y Jan Corwick relató aquellos conocimientos transmitidos a lo largo de miles de años...

* * *

Desde el principio de la Era Civilizada, los habitantes del planeta *Xy* se hablan erigido en historiadores y exploradores del Universo. Poseedores de una avanzadísima técnica y una cultura milenaria, los xings vivían en paz y progresaban constantemente.

El bienestar y la sabiduría alcanzaban a todos por igual, pero el ansia de saber y el deseo acendrado de los sabios xings por convertirse en *Memoria del Universo*, les llevó a construir poderosas naves capaces de visitar mundos alejados.

Varios grupos, formados previa selección de los más inteligentes y justos, fueron designados por el consejo para iniciar las exploraciones espaciales. Las grandes astronaves partieron en todas direcciones. Los viajes habrían de durar grandes espacios de tiempo, eras incalculables, pero los exploradores y eruditos xings estaban preparados para afrontar la expatriación y los demás riesgos del viaje.

Su misión era noble y trascendente y ellos lo sabían. Los

expedicionarios que volverían algún día a *Xy* con nuevos descubrimientos y conocimientos del Universo, no serían los mismos que partieron, sino sus descendientes, alejados de los pioneros por innumerables generaciones.

Después de recorrer mundos desconocidos, la nave que dirigía Hantoo penetró en la Gran Vía Láctea. Su decisión era explorar sus sistemas solares y sus planetas, en busca sobre todo, de la vida inteligente que se desarrollaba por doquier.

Por desgracia, Hantoo no podía prever un accidente fortuito. En su viaje galáctico la astronave atravesó un cinturón magnético y sus sistemas resultaron gravemente averiados por invisibles y ciclópeas fuerzas electromagnéticas. La nave, gobernada por un automatismo, se posó sobre el planeta Tierra.

Cuando Hantoo y su esposa, Kaimele, contemplaron el mundo helado que les rodeaba se sintieron dominados por el desaliento. No disponían de la energía y los materiales precisos para reparar las averías de a bordo y esta realidad les llenó de desolación, pues ante ellos sólo había dos posibilidades: someterse al *sueño profundo* y encomendarse al azar, o buscar una solución, remota, en aquel mundo helado que les rodeaba.

Hantoo dejó que Kaimele eligiera. Y aquella valerosa mujer escogió el camino más difícil: aventurarse en aquel mundo desconocido.

No disponían de otra cosa que un pequeño vehículo versátil, dotado de víveres de supervivencia sintéticos, suficientes para muchas jornadas.

Se introdujeron en el vehículo, tristes y aterrados, y se deslizaron sobre aquella interminable estepa blanca. Sin embargo, paulatinamente fueron descubriendo que aquel mundo ignoto no estaba por completo helado. Un astro esplendente brillaba en un firmamento de atractivo color azul. De repente, apareció el océano inmenso. La esperanza comenzó a alentar en el jefe Hantoo y su esposa Kaimele.

Durante largas jornadas navegaron por el mar. Un día descubrieron una costa oscura, erizada y convulsa. Allí la tierra temblaba, agitada por desconocidas fuerzas telúricas. A pesar de su temor, los dos xings abordaron aquel mundo de fuego y conmoción.

El vehículo se deslizó durante varias jornadas sobre campos de

lava petrificada, lagos y estrechos. Y al fin, su energía se extinguió y tuvieron que abandonarlo.

Tímidamente, probaron hierbas tiernas, frutos secos e incluso se atrevieron a comer unos peces. Comprobaron que aquel mundo poseía suficientes recursos para la supervivencia y decidieron asentarse por algún tiempo en una gruta.

Un día descubrieron a unos seres semejantes a ellos físicamente. Su piel era de color oscuro, sus mandíbulas prognáticas y sus ojos almendrados. Vestían vistosos atuendos de colores y apacentaban a unos raros animales lanudos que tenían un cuello largo y vertical. Pero Hantoo decidió mostrarse prudente con ellos.

La vida en aquellas latitudes no era fácil y, tras reflexionar, Hantoo y Kaimele decidieron partir en busca de otras tierras más benignas. Caminaron durante mucho tiempo hacia el norte, al otro lado de la gran cordillera, donde descubrieron una dilatada llanura herbosa habitada por gran cantidad de mamíferos herbívoros y paquidermos.

Fue allí donde nació Shealloo, el primer hijo que Kaimele parió con la ayuda de Hantoo. No mucho después nació la pequeña Kaere.

Muchas veces, Hantoo tuvo la tentación de acercarse a los habitantes de aquel planeta e incluso de cruzarse con una mujer cobriza. Pero el amor profundo que sentía por Kaimele le disuadió de buscar la multiplicación de su especie a través de las hembras que poblaban su planeta de adopción. Cuando Kaimele y Hantoo comenzaron a envejecer contaban ya con una familia de tres hijos y cuatro hijas. Antes de morir, Hantoo narró a sus hijos la historia del pueblo xing y habló de la gran astronave caída sobre el Desierto Helado, en cuyo interior aguardaban centenares de compatriotas sumidos en el *sueño profundo*.

—Los seres inteligentes de este planeta, al menos los que nosotros conocemos, no han alcanzado aún la técnica que nos permitiría ayudar a nuestros hermanos dormidos. Id más al norte cuando yo muera y buscad civilizaciones más avanzadas —les ordenó—. Pero si no las hallareis, seguid multiplicándoos hasta conseguir nuestro objetivo.

Shealloo fue el nuevo jefe cuando Hantoo murió. Inmediatamente decidió iniciar un éxodo hacia el norte. Por el camino, murió Kaimele, quien, siguiendo sus propios deseos, fue

incinerada por sus hijos.

Los descendientes de Hantoo y Kaimele se multiplicaron entre sí. Se habían convertido en nómadas infatigables, a la búsqueda de una civilización que les permitiera reparar su astronave y proseguir su destino de Xings-Kadaris, o Exploradores del Universo.

A su paso por el gran continente que se extendía de sur a norte entre dos océanos, los xings fueron testigos de diversos avatares históricos, políticos y guerreros. Se habían adaptado perfectamente a la vida en aquel planeta y seguían buscando su destino. Pero, aunque seguían multiplicándose y sobreviviendo sin grandes problemas, sentían la frustración del fracaso, pues en ningún lugar hallaban la avanzada civilización y la refinada técnica que sirviera a sus designios de volver al espacio intergaláctico.

Tuvieron que sucederse varios milenios y muchas generaciones de xings sobre el suelo extraño, para que al fin comenzase a vislumbrarse la esperanza. Sabían ya que el continente en que se encontraban se llamaba América -ellos habían sido testigos de la caída del imperio azteca- y poseían amplios conocimientos sobre el planeta Tierra. Pero aquellos descendientes de Hantoo y Kaimele eran hijos de su época y no podían influir con su sabiduría en los destinos de los terrestres.

A la conquista de América por los europeos, sucedió la era de la técnica y la locomoción. El momento ansiado se aproximaba.

Los xings se habían desparramado por Norteamérica y vivían incluidos en la sociedad norteamericana, sin problemas.

Componían una fraternidad íntima y sólida, que permanecía al margen de los terrestres, aunque vivieran entre ellos y progresaran al mismo ritmo que aquéllos.

Los xings habían tenido siempre un jefe único, al que todos acataban y amaban filialmente. Cuando llegó el momento de iniciar la vuelta a su destino, el jefe era Jan Corwick.

* * *

Corwick calló. Gloria y yo cavilábamos, absortos. Tras escuchar la extraña historia de Corwick, yo podía comprender algunos hechos misteriosos. Por ejemplo: la dificultad para obtener antecedentes de aquel hombre de cabellos plateados que parecía concentrado en profunda reflexión.

Todos los misterios que me habían apasionado se desvelaban

ahora por sí mismos: las precauciones de Corwick por mantener en secreto su expedición, sus cautelas inexplicables, la presencia en la Antártida de aquellos cuatrocientos «invitados»... Todo estaba claro ahora.

Sin embargo, ardía en deseos de hacer algunas preguntas a Corwick. Él me miró y debió adivinar mi ansiedad, porque me invitó a hablar con un gesto.

—Cinco mil años —pronuncié, admirado—. Una progresión aritmética daría miles y miles de descendientes de aquella pareja de xings. Pero ustedes, mister Corwick, sólo son cuatrocientos. Es decir, cuatrocientos uno.

—Sí. Kaimele y Hantoo conocían las limitaciones de su astronave. En consecuencia, ordenaron a sus descendientes que controlaran adecuadamente su crecimiento, mandamiento que cada familia se impuso severamente. Y así, cuando llegó la oportunidad del Éxodo, sólo existíamos cuatrocientos un xings. Justamente las personas que podríamos viajar en nuestra astronave.

—Y usted dice que podrá reparar esa gigantesca nave... sin haberla visto nunca —comenté, admirado.

—Todos nosotros poseemos una memoria y una tenacidad singulares. Yo podría describir milímetro a milímetro las características de esa astronave, sin cometer el más mínimo error. Ha llegado el Momento. En la Tierra, la técnica ha alcanzado el desarrollo necesario para que nosotros podamos reparar nuestro vehículo y asumir de nuevo nuestra misión de Xings-Kadaris. Capitán Cameron, yo he dedicado toda mi vida, casi setenta años de este planeta, a vivir este momento. Les ruego a ustedes que colaboren conmigo hasta el final —pidió.

Gloria, que había permanecido en silencio, respondió impulsivamente:

—Puede contar con nosotros, señor. ¿No es cierto, Larry?

Abarqué a Gloria por los hombros y miré a Corwick con respeto y admiración.

—Naturalmente, señor. Estaremos con usted hasta el último momento —afirmé.

CAPÍTULO XII

Los rayos del sol habían fundido parcialmente el colosal témpano de hielo, que seguía su irrefrenable deslizamiento hacia la Bahía Petroff. En el fondo de la depresión, una gran parte de la nave atrapada por el hielo sobresalía del témpano.

Mister Corwick gritó desde la plataforma suspendida:

—¡Puede bajarme, capitán Cameron!

Habíamos dejado una grúa sobre orugas al borde del precipicio, firmemente anclada al hielo. Desde el exterior, manejé una palanca y la plataforma cargada de cápsulas de plomo en que viajaba Corwick se balanceó suavemente en el vacío y comenzó a descender.

—Cuidado, Larry. Despacio. Sigue. Así —me guiaba constantemente Gloria desde el borde del precipicio y sujeta con un arnés a la grúa.

El brazo de la grúa medía unos doce metros y yo lo mantenía adelantado todo lo posible para evitar que el improvisado montacargas rozara el acantilado de hielo. Allá, a lo lejos, se desplomó un enorme témpano fragorosamente.

Eran los primeros días de diciembre. El deshielo había comenzado en los fiordos y ventisqueros de la Antártida. Era un momento peligroso.

No sé cómo ocurrió. Yo miraba fijamente a Gloria y me guiaba por sus indicaciones. Los ojos me dolían del exceso de concentración óptica, aunque los protegía del cegador resol con unas gafas adecuadas. Súbitamente, Gloria gritó:

—¡Para, para!

Frené el descenso de la carga y el cable de acero se balanceó, tenso. Aun a riesgo de despeñarme al abismo, me asomé al borde, mientras Gloria seguía gritando, histérica.

Allá abajo, la plataforma montacargas pendulaba bruscamente. Corwick había desaparecido.

—¡Le alcanzó un témpano! —sollozaba Gloria—, ¡ha caído de la plataforma! ¡Dios mío, ha debido... matarse!

Volví a la máquina e hice subir la plataforma. Con un gesto indiqué a Gloria que acudiera a la cabina de la grúa.

—¡Bájame! —le pedí—. Veré qué le ha ocurrido a Corwick.

—¡No puedo hacerlo! —clamó ella, conturbada—. ¡La pared de

hielo se está desplomando! Si bajas, podrías ser alcanzado por centenares de toneladas de…

—¡Bájame! —repetí con voz autoritaria. Y ella obedeció.

Mientras descendía, vi a Corwick allá en el fondo, inmóvil. Antes de que la plataforma se detuviera, descendí en un salto de cuatro metros.

Palpé con cuidado al hombre de los cabellos plateados. Había caído desde unas veinte yardas de altura cuando un témpano alcanzó la plataforma Debía de estar destrozado… Pero abrió los ojos y me miró.

—Estoy bien, Larry. Ayúdeme a levantarme —dijo. Tomó mi mano y se alzó con gran agilidad, mientras yo le contemplaba con incredulidad.

El fuselaje plateado brillaba como una joya, sobresaliendo del hielo. Aún no había logrado reaccionar, cuando vi a Corwick erguido y magnífico, en actitud de profunda concentración, silencioso. Manipuló en unos mecanismos de la nave.

Las sólidas planchas se abrieron sin un chirrido, mostrando un interior levemente iluminado. Corwick se volvió hacia mí y preguntó:

—¿Quiere acompañarme, Larry?

Vacilé. Aterrado, dirigí una mirada a las alturas. Allá arriba, ochenta yardas por encima de nosotros estaba Gloria, contemplándonos, inmóvil como una estatua suspendida en el aire.

Mis piernas se pusieron en movimiento y avancé en pos de Corwick. El xing penetró en la astronave con la seguridad de quien conoce el terreno que pisa.

Reflejos suaves iluminaban un largo pasillo. Una banda deslizante se movía sin ruido bajo nuestros pies, transportándonos al corazón de la gran nave.

Todo lo que vi allí lo he olvidado: inmensas estancias, máquinas de raro diseño, con cuerpos inmóviles sumidos en el *sueño profundo*… Mas no puedo olvidar la seguridad con que Jan Corwick se movía en aquel ambiente silencioso.

Al cabo de un tiempo, salimos y Corwick me pidió que le ayudara a llevar al interior las pesadas cápsulas blindadas en plomo y los pequeños contenedores de aluminio. Cuando aquel material estuvo a bordo, Corwick se volvió hacia mí y dijo:

—Puede volver arriba ahora, Larry. Gloria estará preocupada por su causa.

—Por *nuestra* causa —le rectifiqué. Y él sonrió bondadosamente, pero insistió en que volviese con Gloria.

Corwick, jefe xing, me acompañó en la banda móvil hasta el exterior.

—Todavía hemos de vernos al menos una vez —dijo. Y me despidió. Las planchas de metal plateado se cerraron a mi espalda.

Di un grito y salté a la plataforma. Cuando comenzó a elevarse, se produjo un derrumbamiento estrepitoso a unos quince metros de distancia. Grandes fragmentos de hielo se estrellaron contra el fondo de la sima, y chispitas de nieve cubrieron mi rostro cuando la plataforma comenzó a elevarse.

* * *

Muy cerca, los miembros de la tripulación del *New Phoenix* celebraban anticipadamente la llegada de la Navidad. Durante largas jornadas, permaneciendo inactivos, dejándose ganar por la pereza. Se divertían constantemente para ahuyentar el aburrimiento, a lo que les ayudaba alegremente Rus Francini, un eterno bon vivant.

Sin embargo, Francini me sorprendió aquella noche con su comentario.

—¿Qué está ocurriendo aquí, jefe? Hay como un cierto aire de despedida en el ambiente. Mister Corwick nos ha reunido esta tarde a todos y nos ha dirigido una cariñosa alocución. Nos ha agradecido, uno por uno, nuestra colaboración, ha estrechado nuestras manos con cariño, nos ha mirado fijamente a los ojos y ha dicho finalmente: «Nunca les olvidaré». ¿Qué significa todo esto, jefe?

No supe qué responderle. Yo también me sentía profundamente desorientado. Esa misma tarde, mister Corwick nos había hecho comparecer, a Gloria y a mí, ante sus cuatrocientos invitados. Por primera vez, podíamos ver a aquellos enigmáticos personajes sin sus sombreros, gafas y anoraks que velaban sus facciones.

Me sorprendí. Eran personas normales. El único rasgo insólito era… que todos ellos, hombres y mujeres de diversas edades, se parecían asombrosamente a Jan Corwick.

—Sí, somos semejantes en nuestros rasgos fisonómicos —nos dijo Corwick—. Es una particularidad de los xings.

Luego se dirigió a las cuatrocientas personas que nos

contemplaban sin disimulo, incluso con cierta admiración.

—Las personas que ven aquí, doctora Buckson, capitán Cameron —habló Corwick—, me han pedido que les manifieste su profundo agradecimiento por la ayuda trascendental que nos han prestado hasta llegar a la hora crucial del Éxodo, que supone un nuevo paso en nuestra misión universal. Por razones que ustedes comprenden ahora, ellos han permanecido aparte, cuando hubieran deseado compartir cada momento de este viaje con ustedes y los hombres y mujeres de la tripulación. Ahora no queda tiempo ya. Apenas el imprescindible para manifestarles nuestro eterno reconocimiento. Doctora Buckson, capitán Cameron: han cumplido una hermosa misión. Les avisaré cuando haya llegado el momento de la despedida final —terminó.

Francini seguía interrogándome. Yo tenía una botella de brandy en la mano y llené su copa. El alegre italiano bebió, vio venir a la exuberante Ronda Kaplan y... se olvidó de mí y de todos sus interrogantes.

Era la noche del 19 de diciembre. Lucía la luna llena, aunque su resplandor no es tan vivo en el Antártico como en las zonas subtropicales. Yo había salido a respirar el aire fresco nocturno, y Gloria llegó junto a mí y me acarició.

—Una noche mágica, ¿verdad? —dijo. Y de pronto calló, porque una larga hilera de personas caminaba sobre el hielo hacia la Bahía Petroff.

Permanecimos allí, inmóviles, extasiados, incapaces de pronunciar una palabra que expresara nuestros sentimientos, mientras los «invitados» de Jan Corwick avanzaban hacia su destino en la profundidad remota del espacio.

Una de aquellas siluetas que dejaban sombras alargadas a la luz de la luna, vino rectamente hacia nosotros. Era Jan Corwick.

—Hasta siempre, amigos —dijo—. Ha llegado el momento.

Sentí su mano firmemente apretada entre mis dedos.

—Buen viaje, amigo —respondí, emocionado. Y Corwick alzó la mano en un amistoso y definitivo ademán de despedida.

Vimos alejarse su silueta esbelta y ágil, que marchaba en pos de la larga columna de xings.

Gloria y yo sabíamos que la astronave se había liberado por fin del bloque de hielo y había resbalado hacia el ventisquero de la

Bahía Petroff. Corwick había reparado las averías del gran vehículo y todo estaba listo para la marcha.

Gloria tomó mi mano, trémula. Sentí unas leves vibraciones en su epidermis.

—Dios los guíe —murmuró a mi oído.

Y yo repetí las palabras que había dirigido a Corwick:

—Buen viaje, amigo.

Estuvimos allí mucho rato. Súbitamente, una flecha de plata se alzó en el cielo azul grisáceo, describió una fulminante curva en el firmamento y se alejó a velocidad de vértigo hacia el infinito.

EPÍLOGO

El *New Phoenix* abandonó el Canal de Buckson el día 21 de diciembre. Llegar hasta Commonwealth Bay no resultó fácil: de los altos acantilados del canal se desplomaron inmensos bloques de hielo que taponaron nuestro camino. A popa se produjeron nuevos derrumbamientos y sucedieron unas horas tensas y angustiosas en las que el buque se vio comprimido entre grandes icebergs que avanzaban lentamente hacia el archipiélago Antártico.

Hubo momentos de peligro, pero el 23 de diciembre estábamos en mar abierto. El rompehielos había resistido a todos los avatares.

—¿Qué ocurrirá ahora con nuestros compañeros? —me planteó Gloria—. En cuanto lleguemos a puerto, los tripulantes vocearán este asunto a los cuatro vientos. Se armará un gran escándalo, nos asediarán los medios de comunicación.

—Corwick me dijo que no debíamos preocuparnos al respecto —le confié—. Él aseguró: «Todos olvidarán, excepto ustedes dos». No puedo explicarme estas palabras, pero confío profundamente en él. Creo que… podemos hacer una prueba —me arriesgué.

Hice venir a Rus Francini. Traía confetti en sus rizados cabellos y parecía tan alegre y animoso como siempre.

—¿Qué piensas de todo esto, Rus? Mister Corwick y sus invitados han desaparecido —le dije, observando su reacción.

Me miró como si yo acabase de aterrizar en la Tierra procedente de Júpiter.

—¿Bromea, capitán? No conozco a nadie que se llame Corwick. Sólo sé que vinimos a la Antártida para depositar material suficiente para instalar una estación meteorológica —respondió, observándome como si yo acabase de sufrir una enajenación mental.

Hice parecidas preguntas al contramaestre Connor, a Conway, a Jenny Moreno... a todos los tripulantes contratados por Jan Corwick. Y me convencí de que cada uno de ellos sufría un ataque de amnesia. No recordaban a Corwick ni a sus «invitados». Incluso me mostraron sus contratos: transporte de material hasta Commonwealth Bay. Nada más.

Gloria y yo apenas podíamos reprimir nuestro asombro. Pero ella dijo:

—¿Recuerdas la historia de Hantoo y Kaimele? Antes de abandonar la nave, Hantoo concentró sus poderes mentales para sumergir en el *sueño profundo* a los xings que debían quedar a bordo. Corwick es el sucesor de Hantoo... —reflexionó—. Tal vez posea poderes que escapan a nuestra imaginación.

—Sí —dije. Y no volvimos a hablar de aquel asunto.

* * *

El día 4 de febrero, el *New Phoenix* quedaba amarrado al puerto comercial de San Francisco. Un hombrecillo de nariz aguileña, pequeños ojos azules, traje oscuro y sombrero hongo subió inmediatamente a bordo y pidió entrevistarse con el capitán Cameron.

Con movimientos rápidos y nerviosos, abrió su portafolios sobre mi mesa y comenzó a deslizar documentos apresuradamente.

—Usted debe tener noticias mías, capitán Cameron. Soy el notario Redpickie, albacea del fallecido mister Jan Corwick. Todos estos documentos atañen a usted, a la doctora Buckson y a la tripulación del buque *New Phoenix*. Se refieren a la cesión del barco a nombre de Lawrence Cameron, de la villa llamada Maravilla Gardens a la señorita Gloria Buckson y de otras diversas mandas y donaciones a la tripulación de tal buque.

Ordenó el maremágnum de papeles mecanografiados con un leve jadeo y nos miró alternativamente a Gloria y a mí. Mister Redpickie tenía un tic nervioso en el párpado izquierdo. Muy cómico: cuando se movía su párpado arrugaba su picuda nariz.

—¿Quieren firmar, por favor? —demandó luego, muy

impaciente.

Gloria y yo nos miramos y firmamos. No podíamos creer en nuestra buena suerte, en la buena suerte que Jan Corwick había derramado sobre nosotros, sobre Gloria, sobre mí, sobre todos.

Firmamos, y mister Redpickie se marchó apresuradamente con sus pasitos cortos y sus jadeos.

Repasamos, emocionados, la nómina del *New Phoenix*. Todos componíamos un grupo de hombres y mujeres con problemas, con profundos traumas, gentes desarraigadas, necesitadas de calor humano, de comprensión, de ayuda y de amor.

—Era un buen amigo —ponderó Gloria prietamente abrazada a mi cintura.

—Fue el mejor amigo —respondí yo.

Salimos a cubierta.

Francini iba colgado del brazo de Ronda Kaplan, el oficial Conway bromeaba con Luke Brando, Jenny Moreno discutía con el apuesto radio-operador Jake O'Brien... y los restantes tripulantes se disponían, felices, a abandonar el barco.

No hice nada por retenerles. Mañana sabrían que Corwick, el jefe xing, les había tenido en su pensamiento hasta el último instante, que les había seleccionado porque les necesitaba y él a su vez nos necesitó a todos para proseguir su largo viaje a través del Infinito.

Gloria me sacó de mi abstracción con un pellizco en el brazo.

—Bajemos a tomar una copa —sugirió. Y yo estuve de acuerdo.

Cuando descendíamos por la pasarela hacia el muelle bullicioso, ambos, como de común acuerdo, dirigimos los ojos al cielo estrellado.

—Buen viaje, querido xing —dijimos al unísono.

Y luego nos sumergimos en la vida *normal*.

F I N

¿Cuántos cabellos ha perdido usted hoy?

¿Ha mirado bien el peine, la almohada y el lavabo?



ADGOF Nº 25.864-C ADGOF Nº 29.696-C

¡Olvide los cabellos caídos, pero procure conservar los que le quedan!

¡No espere a quedarse calvo!

Un buen consejo para usted: Utilice Queratín Loción y Queratín Champú

Aplique usted el procedimiento más efectivo para procurar resolver los problemas de su cabello, que consiste en usar una buena loción con el objeto de que le facilite el proceso regenerador de las raíces capilares.

Con esta finalidad se elaboran y comercializan con mucho éxito los preparados Queratin Loción y Champú Universal Queratin, que por su gran efecto tónico son muy recomendados para evitar la caída del cabello y acelerar su crecimiento.

A los pocos días del uso metódico de Queratin Loción y Champú Universal Queratin usted notará su influencia en el estado general de su cabello y continuado el tratamiento podrá observar pronto apreciables y beneficiosos resultados.

Por sus excelentes y valiosos efectos los preparados Queratin son muy aconsejados para hombres y mujeres en los siguientes casos:

- Eliminar gradualmente la caspa y el exceso de grasa del cuero cabelludo.
- Fortalecer y cuidar las raíces mejorando el aspecto decaído del cabello.
- Proporcionarle a éste mayor volumen y brillo, dejándole sedoso, suave y fácil para peinar.

(Continúa en la página siguiente)

8 410018 014449

EDITORIAL BRUGUERA, S.A.

Precio en España 60 ptas.

{1} Anuario en el que se relacionan los personajes más descollantes de las finanzas, la banca, las artes, el espectáculo, etc.

{2} Importante periódico de San Francisco.

{3} El tratado de Washington de 1959 declaró el uso exclusivamente pacífico de la Antártida, que entre 60° y el Polo Sur está abierta a investigaciones científicas de los países firmantes del pacto: Inglaterra, Francia, Estados Unidos, Argentina, Chile, Australia, Nueva Zelanda, Japón, Unión Sudafricana, URSS, Noruega y Bélica. Otros países pretenden lo mismo, basándose su interés en la presunta existencia de grandes yacimientos de minerales y petróleo, principalmente.